

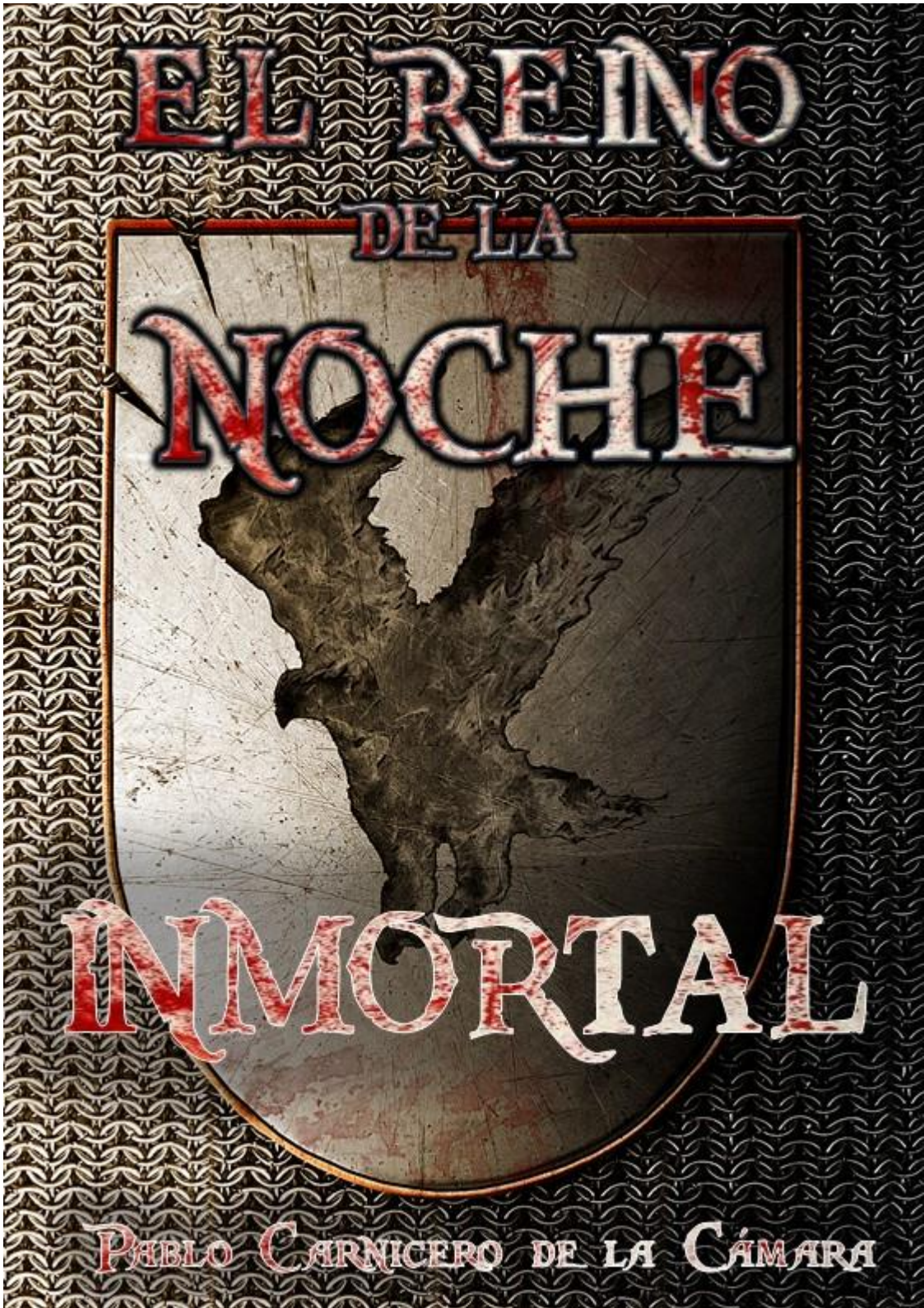
EL REINO

DE LA

NOCHE

INMORTAL

PABLO CARNICERO DE LA CÁMARA



EL REINO DE LA NOCHE

Libro I: Inmortal

Pablo Carnicero de la Cámara

©Pablo Carnicero de la Cámara

De la portada: ©Paúl Rojas Roche

Revisión: Laura López Peláez y David López

Todos los derechos reservados. Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor.

Extracto gratuito de la novela.

Puedes conseguir más información en mi web: [Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon: [NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

Índice

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo I

“Sabed, ¡oh, rey!, que más allá de las miradas de los hombres mortales, protegidas por un velo intangible, se extiende un reino donde las sombras dictan su implacable voluntad al que sirven extrañas criaturas poderosas y malignas. Sabed ¡oh, rey! que todo lo que suceda en este reino tiene su eco en nuestras vidas. Las guerras, plagas y demás calamidades son consecuencia de la lucha insaciable que se extiende en el Reino de la Noche. Sabed, ¡oh rey! que vuestro destino y el de vuestros vasallos está dictado por ellos, aunque el Velo os aparte de la locura, os proteja de sus criaturas y os oculte su horror. Pero sabed, ¡oh rey!, que no conviene enfurecer a estas criaturas, puesto que el Velo que las protege de nosotros es tan etéreo como una nube y estas criaturas caminan por nuestros caminos, se alimentan de nuestros víveres y sus destinos están entrelazados con los nuestros. Sabed, ¡Oh rey!, que nosotros habitamos en un reino que se oculta en las sombras de la noche, aunque lo ignoremos.”

Diciembre A.D. 1150. Cerca de Toledo.

Era un grupo reducido, hombres de mirada feroz y áspera. Sus armaduras estaban parcialmente cubiertas por mantos gruesos bordados con extraños símbolos y la luz del atardecer se reflejaba de manera tenue en las placas de las cotas que permanecían al descubierto. Los pocos viajeros con los que se cruzaron fueron incapaces de reconocer la Orden a la que pertenecían y, aunque se apartaban temerosos, algunos incluso se ocultaban más allá del camino que conducía a las tierras de don Ruy González de Ayala. Tras recorrer el camino a lomos de sus imponentes corceles, bestias poderosas que infundían tanto temor como sus jinetes, llegaron a su destino una hora después del anochecer. Su morada era una poderosa construcción rectangular, firmemente fortificada y coronada por un torreón que dominaba las tierras circundantes.

Un sirviente se asomó y su rostro se transformó en una mueca de pánico.

—Queremos hablar con tu señor. Dile que Carlos Torralba aguarda en sus puertas. Ven pronto, no me hagas esperar.

El hombre que había dado las órdenes era el mayor de todos: aunque el color níveo de sus cabellos y de su barba describían a un hombre de edad avanzada, su complexión y vigor lo contradecían, de manera que parecía un joven caballero con el rostro de un anciano. El sirviente no perdió tiempo y se apresuró a comunicar la llegada de los extraños.

Los goznes chirriaron y la puerta se abrió inmediatamente. Bajo la trémula luz de la luna la comitiva entró en el patio interior del baluarte y fueron conducidos hacia el interior de la casa principal. Los sirvientes se encargaron de los caballos, intimidados por el aspecto sobrenatural de las bestias. La expedición recorrió los pasillos precedida por el quejido áspero del roce de sus armaduras con las protecciones; pasos poderosamente

sonoros, seguros y rápidos como un martilleo. Ruy González los aguardaba en un salón en el que recibía a las visitas. Era un lugar recogido y de mobiliario escaso y humilde. Tomó una jarra de vino y sirvió seis copas.

—Cierra la puerta, Miguel.

Ruy González de Ayala era un hombre de mediana altura, largo cabello castaño y barba frondosa. De compleción fuerte y mirada adusta, comparado con sus visitantes parecía un niño entre adultos. Mantenía la mirada de Carlos Torralba y le tendió una copa de vino.

—Aunque no alcanzo a saber los motivos por los que me honráis visitándome, sois bienvenidos.

El anciano tomó la copa y la vació de un trago.

—No perdamos tiempo. Sabes a lo que venimos.

Ruy observó como los acompañantes de Carlos vaciaban las copas de un trago. Escanció una nueva copa a sus huéspedes.

—Suelo aceptar encargos, pero jamás en persona. Es una costumbre que he seguido durante muchos años, con vosotros no voy a hacer ninguna excepción.

Varios acompañantes del anciano se sintieron molestos con aquellas palabras y acercaron las manos a las empuñaduras de sus espadas.

—No seáis necios —gritó tajantemente Carlos. Sus compañeros alejaron la amenaza y tomaron de nuevo las copas de vino.

—Estamos cansados de un largo viaje, pero hemos de volver de inmediato. Precisamos de tu experta ayuda.

Ruy se aproximó al anciano y, tras apoyar sus manos sobre sus hombros, lo observó con gesto amistoso.

—No dudo de que me vais a ofrecer algo soberbio, puesto que teméis proponérmelo mediante un correo. Vuestro miedo es ser descubiertos.

—Quiero ser breve — El anciano sonrió—, pues un barco nos espera y hemos de embarcar de inmediato. Queremos eliminar al emperador de Constantinopla.

Un silencio cargado de tensión se extendió durante unos minutos. Ruy tomó la jarra y se sirvió una copa de vino.

—¿Desde cuándo la Orden del Fénix es dirigida por un lunático?

Bebió de la copa mientras Carlos contuvo a sus hombres con una orden.

—¡Estúpidos! —gritó éste enfurecido—. Os despedazaría con sus manos desnudas. ¡Quietos! ¡No sabéis quién es!

Ruy lanzó una larga carcajada.

—Desde luego es reconfortante comprobar que mi fama os inspira precaución, aunque los nuevos cachorros de la Orden del Fénix sean desconocedores de ella.

—¿Aceptas? Si lo haces te detallaré el plan a lo largo del viaje de vuelta.

—Hace veinte años que os dije que no volvería a aceptar un encargo semejante, Carlos. Tu viaje es en vano. Lo rechazo.

—Ruy, es una oportunidad única —apuntó Carlos con un tono suplicante.

—Y me duele tener que rechazarla. Pero atentar contra el humano más poderoso del mundo supone una locura y una sentencia de muerte incluso para nosotros.

Carlos asintió lentamente con la cabeza mientras entornaba los párpados con gravedad.

—Entonces no tenemos nada más que hacer aquí —afirmó con voz algo ronca.

Ambos hombres estrecharon las manos y los visitantes regresaron al patio donde los aguardaban sus corceles. En el momento en el que se dispusieron a traspasar el portón de entrada, Ruy surgió a su paso como una sombra que se materializaba ante ellos. Los caballos piafaron y patearon el suelo, nerviosos.

—¿Por qué la Orden del Fénix desea la muerte del emperador de Constantinopla? —preguntó ajeno a la sorpresa que había causado su aparición repentina—. No es costumbre suya convertirse en vulgares matones.

—Venganza, Ruy. Clamamos venganza. Pero vos habéis declinado auxiliarnos, así que no os revelaré nada más.

Un brillo extraño surgió de la mirada de Carlos mientras espoleaba a su montura. El cambio en el tratamiento, más serio y formal, denotaba que había decidido distanciarse de Ruy. La comitiva se alejó al galope mientras las puertas se cerraban a sus espaldas.

¿La Orden del Fénix clama venganza? ¿Contra quién? Desde luego no contra el emperador, sino contra aquel que controla al emperador. ¿Pero quién dirige los pensamientos del humano más poderoso del mundo? La familia de los Sunaci dominaba Constantinopla la última vez que Ruy la visitó. Pero habían pasado diez años desde entonces y los Sunaci eran aliados de la Orden del Fénix. ¿Traición? Ruy se dirigió hacia la biblioteca sumido en un mar de dudas. Tomó un candil y se aproximó hacia una figura que presidía el centro de la sala. La luz de las velas iluminó una figura de madera que portaba una hermosa armadura ligera como el lino, pero resistente como el acero más templado. Contempló melancólicamente el grabado que adornaba el peto. Llamó a Miguel, su más leal sirviente.

—Recoge la armadura y mis armas. Forma una caravana y toma rumbo hacia Constantinopla. Puedes transportar lana o cualquier mercancía que tengamos en las bodegas para disfrazar el envío como una caravana comercial. No utilices mi nombre habitual allí. No quiero que ninguno de nuestros contactos en la ciudad esté al día de la llegada de la caravana.

Ruy aguardó pensativo unos instantes.

—Espérame con la familia Manfredi y no desvelas tu identidad.

Miguel asintió con la cabeza. Ruy se giró y abandonó la biblioteca lentamente, distraído por las incógnitas que la visita había generado. La luz de las velas se ensombreció lentamente, reflejándose orgullosa en la armadura. En ella, el grabado de una enorme ave fénix fue perdiendo luminosidad hasta que Ruy se alejó definitivamente.

Mayo del 1151 A.D. Cerca de Toledo.

—La Orden del Fénix es una leyenda, un cuento de niños con el que se asusta a los pajes cuando comienzan su periodo de instrucción.

El capitán de la Guardia del rey de Castilla, Luis Álvarez de Montemayor, observó a su lugarteniente con extrañeza.

—¿Afirmáis entonces que el envío de un destacamento de mil hombres para apresar a uno solo es un acto guiado por una leyenda de niños?

Nuño Blázquez se estremeció.

—No deseaba decir eso, mi señor. Solamente que esa Orden es una leyenda.

—Entonces enviar a mil soldados del rey de Castilla es una estupidez, pues.

—No, porque si nos ofrecen resistencia deberemos asediar la fortaleza. Hacéis bien en reunir a los hombres, señor.

—Entonces habla cuando tengas algo interesante que decir. De lo contrario, guarda silencio.

La marcha continuó sin más comentarios de Nuño Blázquez. Al cabo de poco tiempo llegaron a las puertas de la fortaleza de Ruy. Una hilera de hombres había rodeado todo el perímetro, asediando la fortificación. La puerta se abrió y apareció Ruy. Vestía ropas sencillas y alzaba la mano derecha.

—Voy a hablar con él. Espero que acceda a acompañarnos de manera pacífica – comentó Luis mientras descendía de su caballo—. Quédate aquí.

Los dos hombres se encontraron bajo el quicio de la puerta.

—Ruy tienes que acompañarnos, el rey lo ordena.

Ruy sonrió.

—¿De qué se me acusa?

El capitán de la Guardia del rey inclinó la mirada levemente.

—Parece ser que intentaste asesinar al emperador de Constantinopla – murmuró.

—Es una idiotez, Luis. Lo sabes. Soy inocente.

—Eso lo dictaminará el propio emperador. Aunque parezca imposible debemos conducirte hasta Constantinopla.

Ruy miró a los ojos al soldado.

—Sabes que soy inocente –insistió.

—¿Por qué motivo, Ruy? ¿El emperador, Ruy? Eres un insensato. Ni el propio rey puede protegerte de la ira del emperador.

—El rey me debe mucho.

—El rey te ha encomendado trabajos que te fueron pagados generosamente — señaló Luis disgustado—. El rey no le debe nada a nadie.

—Os equivocáis. Yo no hice aquel trabajo en Constantinopla.

—¿Por qué?

Ruy frunció el ceño disgustado.

—Porque yo no hubiera fallado, Luis. Y vosotros no estaríais aquí. Nadie estaría aquí.

—¿Vienes a demostrar tu inocencia?

—Estoy sentenciado antes de ser juzgado, pero te acompañaré, Luis. No es necesario que tus soldados atemorizen a mis sirvientes.

Ruy acompañó al capitán y entró en un pequeño carro de madera. Luis suspiró aliviado, puesto que sabía que, si Ruy hubiera mostrado resistencia, tomar aquella fortaleza supondría una tarea muy difícil. Y el rey no deseaba hacer esperar al emperador de Constantinopla.

La comitiva comenzó un arduo viaje a través de las tierras de Castilla. Durante diez días el prisionero se negó a probar la comida y solamente aceptó beber agua. Acurrucado en una esquina de su transporte, agachó la cabeza, meditabundo, mientras permitió que el tiempo transcurriese lentamente. Cuando llegaron a un puerto desconocido, el hombre que descendió del carromato apenas se parecía a aquel orgulloso terrateniente que había ingresado en él voluntariamente: mostraba una larga barba sucia y había perdido una gran parte de su corpulencia debido al periodo de inanición, aunque caminaba sin dificultad. Aspiró profundamente la cálida brisa de la noche.

—Te esperan en la nave —apuntó uno de sus guardianes mientras señalaba la enorme figura de un bajel que se recortaba bajo la luz de la luna. Tomó un farol del carromato y lo levantó sobre su cabeza. Inmediatamente un grupo de hombres descendió del barco.

—Gracias, soldado —dijo uno de ellos con un acento extraño—. Sin duda nuestro emperador tendrá en cuenta la celeridad con la que vuestro rey ha cumplido su palabra.

—El preso lleva diez días sin comer — informó el castellano—. Me sorprende verlo en pie.

—Descuida —contestó el bizantino. Dos hombres se acercaron a Ruy y le encadenaron las manos y los pies—. No creo que vaya a morir de hambre. Hemos de partir de inmediato.

Ruy embarcó con los pesados grilletes y lo condujeron hacia las bodegas del bajel, donde habían habilitado una jaula de hierro con un enorme signo grabado en el suelo de madera. Engancharon los grilletes de Ruy a una argolla clavada en el suelo. Al cabo de unos minutos un hombre entró en la celda. Portaba un candil que depositó sobre un pequeño taburete antes de inclinarse y mirar a Ruy a los ojos.

—Me llamo Hyeros y soy el capitán de la Guardia personal del emperador —susurró en griego—. Me figuro que me entiendes.

Ruy afirmó con la cabeza lentamente.

—Eres un ser excepcional, Ruy González de Ayala.

El griego dejó transcurrir unos segundos de silencio antes de retomar la palabra. El barco se estremeció levemente y sintieron como viraban.

—Todos los que ocupamos puestos de gran responsabilidad somos seres excepcionales. Es nuestro destino. Creo que me conoces, o al menos has oído hablar de mí y de mis hombres.

Ruy volvió a asentir. Percibió que el griego le clavaba la mirada y trataba de entrar en el interior de su cabeza, como si tratara de adivinar sus pensamientos.

—Somos diferentes a ti, Ruy —prosiguió Hyeros con una leve sonrisa esbozada en su rostro.

—Hemos utilizado nuestro poder y sabiduría para evitar que te fugues. No eres un enigma para nosotros, aunque es cierto que sabes que nos es imposible acceder al interior de tu pensamiento, por lo que no seremos tan despreocupados como tus amigos castellanos.

—No tengo intención de huir —replicó Ruy con voz ronca—. Sé que me espera un juicio justo en Constantinopla.

—Nuestro destino no es Constantinopla, pues se trata de un secreto y solamente lo conozco yo. Donde te conducimos nadie podrá encontrarte, puesto que ya has sido juzgado y sentenciado.

Ruy alzó la cabeza y clavó la mirada furiosa en el griego. Este se incorporó lentamente y apoyó las manos en los barrotes.

—La Orden del Fénix desaparece contigo. Tus compañeros que sobrevivieron a los interrogatorios han sido confinados a prisiones similares a la tuya acusados de traición. Jamás volverán a ver la luz del sol. Las cadenas que te apresan están compuestas por una aleación de acero con Vis. Los barrotes de esta prisión han sido reforzados por nuestro poder y jamás podrás salir. Esta runa fue tallada por mí mismo durante dos lunas auxiliado por las artes de nuestros hechiceros aliados. Sé que la falta de alimento y bebida no pueden conducirte a la muerte, puesto que eres lo que algunos llaman inmortal.

—Hyeros de la casa Draco —interrumpió Ruy—. Mucho antes de que tú fueses creado yo servía para la casa Julia y fui aliado suyo. Nunca subestimes el poder de la Orden del Fénix, ni el mío propio. Cuando recobre la libertad, y créeme que la recobraré, descubriré los sucios ritos que utilizaste contra mis hermanos. Conozco la taumaturgia. Finges pertenecer a la Guardia del emperador pero a mí no me has engañado, ya que sé que es imposible que un ser como tu le sirva. Te buscaré.

—De nada te servirá. Yo mismo interrogué a tus "hermanos". Pero yo no acabé con ellos, fueron ellos mismos. Los tormentos a los que los sometí agotaron toda

esperanza de vida en ellos. Porque es así como perecéis, ¿no? Simplemente deseáis morir.

Ruy no contestó. Apenas podía contener la rabia que lo invadía.

Hyeros abandonó la jaula y desapareció. El cerrojo crujió cuando el centinela introdujo la llave y lo cerró.

Entonces la rabia emergió. Surgió de su garganta, apenas un gemido al inicio que creció furibundo en un alarido de dolor, un grito desgarrador que estremeció al barco entero y a su tripulación. Y Ruy comprobó que las cadenas resistieron todos los embates a los que las sometió, contemplando desconsolado la enorme runa tallada en el suelo y con él de epicentro. Aquella cárcel era inexpugnable.

Mantener la cuenta de los días y las noches que Ruy permaneció en aquella prisión flotante fue una tarea vana. Durante los primeros días deseó que el bajel fuese asaltado por bandidos, piratas o cualquier enemigo del Imperio bizantino que navegaba por aquellas aguas. Pero al cabo de varias semanas perdió la esperanza. Después, la curiosidad por conocer su destino lo mantuvo en vilo durante varias lunas; pero comprendió que o bien el bajel era su prisión para siempre, o el destino se encontraba más allá de lo que él podría conocer. ¿Cómo había cometido el error de permitir ser atrapado de aquella manera? ¿De dónde habían extraído sus enemigos el material y el poder necesario para elaborar una prisión como aquella?

Pero, cuando su mente comenzó a vagar por tierras mucho más lejanas de las que su cuerpo se encontraba, percibió que el navío se detenía de manera brusca. Escuchó atento el sonido de varios chapoteos alrededor del barco. Las pisadas de su centinela se alejaban hacia el exterior y la calma comenzaba a embargarlo todo hasta que sintió un ligero vaivén desde la popa. Al cabo de pocos minutos el barco comenzó a inclinarse con un crujido estremecedor y el suelo comenzaba a ceder. ¡Era aquel el destino que lo aguardaba! ¡Era aquella la prisión de la que no podría escapar! Ruy comprendió horrorizado que se encontraba perdido, ya que jamás podría deshacerse ni de los grilletes ni de los barrotes en el inmenso mar que pronto lo cubriría. Descubrió como el agua comenzaba a llegar hasta él y lentamente fue sumergiéndose. La cárcel en la que Ruy se hallaba confinado se hundió lentamente como un inmenso juguete en un estanque, hasta que chocó con un risco submarino. Ruy era un inmortal, y permanecer sumergido indefinidamente no era letal para su raza, aunque el temor de aquella prisión acuática comenzaba a sumirlo en la desesperación.

El tiempo transcurrió lentamente sumergiéndolo en un frío letargo como un muñeco inservible arrojado al mar. Recordó la leyenda del titán Prometeo, sentenciado a permanecer encadenado mientras un águila devoraba su hígado noche tras noche, al mismo tiempo que él sufría agónicamente y regeneraba una herida que a las pocas horas sería abierta nuevamente. Era consciente de que se veía abocado a un sufrimiento eterno.

Pero Ruy resistió con férrea determinación día tras día hasta que un golpe del destino le ofreció un ápice de esperanza y lo arrancó de su letargo: una corriente había sacudido el armazón del barco agrietando uno de los tablones sobre los que se asentaba

su cárcel. Con el cuerpo cubierto de llagas y en carne viva reunió las pocas fuerzas que aún mantenía y tensó las cadenas mientras recitaba mentalmente un antiguo conjuro de liberación. Las aguas oscuras se arremolinaron alrededor del barco agitándolo como un débil muñeco mientras él se concentraba cada vez con mayor determinación. El suelo sobre el que se dibujaba la runa comenzó a estremecerse y minúsculas grietas comenzaron a resquebrajar la madera. Apretó los dientes ignorando el dolor y el agotamiento y continuó con el ritual. Escuchó un leve crujido durante unos instantes. Si en algún momento se hubiese separado un milímetro de la línea que trazaba la runa, de manera que el círculo se hubiera interrumpido, el poder que lo encerraba desaparecería. Pero necesitaba reunir más fuerzas todavía para abandonar el aislamiento en el que las frías aguas del mar lo habían envuelto. Escuchó un nuevo chasquido y tiró violentamente de las cadenas. Descubrió que aquel ritual formidable que lo mantuvo apresado había sido vencido: las cadenas crujieron y liberaron a Ruy, los barrotes cedieron lentamente ante su renovada fuerza y por fin pudo ascender. El destino le había concedido una nueva oportunidad y cuando surgió desde las profundidades del mar el manto estrellado de la noche le dio la bienvenida a la vida.

Desfalleció exhausto a merced de las corrientes marinas. Su piel se había cuarteado de tal manera que en muchas zonas se encontraba desprendida. Había perdido la vista víctima de la sal y ensordecido por la presión excesiva a la que había sido sometido. Durante aquellos interminables momentos experimentó el mayor de los tormentos que podía sufrir. Una agonía que no tenía final, una muerte lenta y dolorosa en la que miles de agujones se clavaban sin piedad en su carne en una maceración eterna que rasgaba en miles de pedazos su alma. Ni la magia, ni la casualidad, ni el favor de los dioses se congraciaron para proporcionarle misericordia. Durante días sufrió sin poder gritar, pero con un deseo grabado a fuego en el fondo de su mente: venganza. Podría haber puesto fin a su sufrimiento simplemente deseando no seguir sobreviviendo, la única forma que tienen de perecer los que pertenecen a su linaje. Pero caer en la tentación del descanso eterno sería sucumbir ante el deseo de sus enemigos. Aunque existiese la más mínima oportunidad lucharía para sobrevivir porque el odio y la rabia que había almacenado eran más poderosas que el peor de los tormentos. Al cabo de muchos días el mar expulsó de su interior el cuerpo de Ruy durante una tormenta. Como un epílogo macabro, estrelló su cuerpo destrozado contra las piedras de un acantilado. Sus huesos crujieron como astillas endebles, tiñendo de carmesí las piedras afiladas que se alzaban majestuosas en la costa. Con una reacción inconsciente expulsó el agua que inundaba sus pulmones y por fin logró respirar. Y entonces, consciente de la nueva oportunidad que la vida le había brindado, dejó de combatir y por fin descansó.

“Mi rey. Ellos nos observan. Pero nos temen. Temen que seamos conscientes de que son ellos los que nos gobiernan tras sus engaños. Sabed, joh rey!, que las sombras de la noche nos protegen de la eterna lucha que encarnan entre ellos, la lucha por el

poder que nos mantiene apartados. Sabed, joh rey!, que mientras ninguno de ellos venza en su lucha nosotros estaremos seguros en nuestro reino de luz.”

— ¡Maldita sea!

El anciano lanzó la carta sobre el escritorio con furia. Sus hombres habían interceptado aquel mensaje días atrás y lamentó no haberla leído antes. Lucciano Moeggi tomó un pergamino en blanco y aguardó a que su pulso se hubiese calmado para comenzar a redactar con una perfecta caligrafía:

Que la fortuna nos sonría en estos momentos sombríos, querido frater. El mar de la desesperanza comienza a cubrir nuestras costas con sus aguas manchadas por la sangre de nuestros aliados, pero la fortuna a veces se encapricha con nosotros y nos sonríe con una mueca enigmática. Es posible que descubramos una nueva pieza en este enorme tablero de ajedrez. Heme aquí que me encuentro con que un desconocido fue expulsado por el mar en una noche de rugiente tempestad dos décadas atrás. Su cuerpo parecía una masa inanimada de carne, pero el corazón latía con fuerza y mantenía un tenue aliento. Lo recogió un viejo barón aliado mío desde hace años. Es por esta vieja amistad por la que acudió a mí en aquel momento y me permitió asistir al herido. Desde el primer instante en el que lo observé pude descubrir fascinado que era un ser no-humano. Las heridas que mostraba eran de una gravedad extrema, pero era capaz de regenerarse lentamente. No con la rapidez de otros seres de los que tenemos conocimiento, como los licántropos, sino más parecido a nosotros. En verdad jamás he podido observar un castigo semejante al que el desdichado sobrevivió. Al cabo de los largos años en los que toda esperanza había desaparecido, recibo una carta de mi aliado informándome de que su enigmático invitado por fin recuperó el vigor y la consciencia. Más aún, mi viejo amigo no puso objeción alguna en proporcionarle los medios necesarios para emprender el camino, destino a Constantinopla, ya que desde el primer momento en el que recobró el ánimo insistió en partir. Es aquí donde espero que vuestros contactos y el dominio que vos tenéis en la ciudad encuentren al desconocido y desentrañen a que hermandad o raza pertenece, aunque albergo algunas confusas sospechas que prefiero reservar para mí mismo en estos instantes. Seguramente visitará al Patriarca de la Noche de Constantinopla para rendirle homenaje y en ese momento será cuando vos podréis identificarle: posee una férrea voluntad imposible de forzar y creedme que lo he intentado inútilmente durante varias lunas, lo que lo convierte en un peón difícil de dominar. Huelga obviar que el equilibrio de poder entre las familias puede verse amenazado si toma partido por alguna de ellas. El mensajero que porta esta carta es uno de mis mejores hombres, podéis tomarlo bajo vuestro servicio hasta que nuestro desconocido arribe a Constantinopla. Por desgracia mis deberes con nuestra hermandad me conducen hacia derroteros opuestos a los que se dirigen mis pensamientos, pero os prometo que el momento en el que pueda llegar a Constantinopla para visitar vuestra casa llegará pronto.

Vuestro hermano en la inmortalidad os desea suerte.

L.M.

El anciano plegó el pergamino y, tras lacrarlo con su sello, permaneció durante unos instantes pensativo. Necesitaba movilizar todos sus recursos de inmediato para localizar a su presa. Descendió hasta la misma puerta de la villa en la que se mantenía oculto a las miradas de los extraños y le entregó la carta a uno de sus sirvientes más leales y poderosos, quien partió a galope tendido. La noche envolvía la casa en un silencio lúgubre, levemente interrumpido por los pasos de los centinelas que custodiaban los muros. Se dirigió hacia la entrada al sótano y descendió los escalones con premura. Las escaleras lo condujeron a la entrada de una bodega habilitada como cárcel, donde hospedaba a sus “huéspedes” más ilustres. Uno de sus sirvientes lo condujo hacia los únicos invitados que se encontraban alojados allí.

—Déjame solo con ellos —ordenó.

Cuatro hombres se incorporaron en el interior de la jaula en el instante en el que el anciano accedió al interior.

—Queridos amigos, la suerte está de vuestro lado esta noche —exclamó sonriente.

La oscuridad ocultaba parcialmente a los prisioneros, de los que no obtuvo respuesta.

—No me gustan los licántropos, como bien sabéis. Y me desagrada que uno de mis poblados albergue a alguno de vuestra raza, a pesar de que se trate de parientes suyos.

Lucciano aguardó unos instantes antes de continuar:

—En cualquier momento puedo aniquilar vuestro poblado y creedme que no me costaría nada. Lo sabéis y por este motivo habéis permanecido ocultos a mis ojos durante toda vuestra vida. Pero creo que podemos colaborar juntos. Es posible que seamos capaces de llegar a un acuerdo beneficioso.

El hechicero no recibió contestación por parte de sus prisioneros, pero era consciente de que lo escuchaban ávidos por conocer el trato y asegurar la subsistencia de sus familiares.

—Un aliado mío partió hace una semana desde el castillo de Obrante camino a Constantinopla. Necesito que lo encontréis y no perdáis su rastro. Deseo que me mantengáis informado de cada movimiento que realice. Llegado el momento quizá tengáis que matarlo, pero albergo la esperanza de que no sea necesario. Es un hombre de mediana altura, cabello castaño y ojos oscuros. Seguramente sea un soldado y conozca el oficio de las armas. Desconozco su nombre, pero eso es algo que vosotros tendréis que descubrir. En su hombro izquierdo oculta una inscripción: “S. P. Q. R. I Hispana”. ¿Aceptáis?

Uno de los prisioneros se aproximó a las rejas y el reflejo trémulo de las antorchas iluminó su rostro: una luz carmesí se encendió en su mirada mientras pronunció lentamente con voz gutural:

—Trato hecho.

Lucciano sonrió. Se giró y abandonó el sótano satisfecho.

—Mis huéspedes son libres —indicó al carcelero—. No temáis daño alguno. Proveedles con el material que deseen, pero hacedlo de manera diligente.

De Caio Leptino a Aurelio Spiros, gran maestro de la casa Veritas en Constantinopla

Toledo, A.D. 1175.

¡Salve, frater!

Creo que porto malas noticias con respecto a la Orden del Fénix. Me temo que su último superviviente haya sido eliminado definitivamente. Como bien sabéis la Orden del Fénix fue fundada por Urabi de Ukesh, un inmortal maestro en la senda del acero. Desde hace varios cientos de años Urabi ha permanecido ajeno a las actividades de la hermandad que él creó y se dedicó a otras actividades... Más lucrativas. Mis informadores han descubierto que Urabi subió a bordo de una embarcación del emperador de Constantinopla, encadenado bajo la acusación de conspirar contra el propio emperador. Urabi partió de un puerto de levante y no llegó a atracar en Constantinopla... Mucho me temo que durante el viaje el bajel fue hundido con Urabi encadenado en su interior. He tardado demasiado tiempo en hallar esta información, pero un funcionario del rey me la reveló hace muy pocas fechas. Son demasiados años los que llevamos desconociendo el paradero de Urabi y por fin hemos encontrado su funesto final. Si es cierto, el equilibrio queda destruido y nos encontramos en un grave aprieto, ya que mucho me temo que las diferentes facciones decidan recuperar la supremacía en Constantinopla, lo que nos abocaría a una guerra de incierto resultado. He investigado y nadie está al corriente de estos acontecimientos, ya que todos los integrantes de la Orden del Fénix desaparecieron hace ya muchos años y de momento ninguna familia ha realizado algún movimiento. Me temo que, en el momento en el que la muerte definitiva de Urabi sea conocida, los acontecimientos se precipiten. Debemos redoblar nuestros esfuerzos en permanecer alerta ante cualquier signo que desencadene la tempestad y alertar a nuestro señor. Pero hemos de ser prudentes, puesto que no deseo alertar a nuestros hermanos de forma precipitada e infundada. La supremacía de nuestra raza depende de nuestra capacidad de descubrir los movimientos de nuestros enemigos, ya sean vampiros o de cualquier otra condición. Me siento apenado, además, por la pérdida del último maestro en la senda del acero. Albergaba la esperanza de que esta disciplina unida a los poderes de nuestros hermanos pudiera ser de gran utilidad si Urabi hubiera accedido a colaborar con nosotros.

Permaneced alerta, pues.

Caio Leptino

De Aurelio Spiros a Caio Leptino, gran maestro de la casa Veritas en Toledo. Constantinopla, A.D. 1176.

¡Salve, Frater!

Temo que las noticias a las que te refieres en tu última misiva podrían ser en todo punto agitadoras si llegasen a oídos equivocados. Os informo que he puesto en funcionamiento todos mis mecanismos para recabar más información al respecto y he conseguido resultados francamente sorprendentes. A mediados del 1151 después del nacimiento de nuestro señor fue apresado Urabi de Ukesh en una pequeña hacienda propiedad suya, cerca de Toledo, bajo cargo de conspiración contra el emperador de Constantinopla. En aquel lugar Urabi se ocultaba bajo el nombre de Ruy González de Ayala. Al parecer, había amasado una enorme fortuna gracias a una disposición real que le otorgaba una décima parte del comercio de pieles, cerámica y otros productos comercializados en el mercado de Toledo, lo que sin duda disfrazaba sus verdaderas ocupaciones. Fue entregado a Hyeros de la casa Draco para que ser conducido a Constantinopla. He descubierto que en verdad nunca se inició un procedimiento para investigar el intento de asesinato del emperador en febrero del Anno Domini 1151. No fue posible hallar a los culpables, ya que no hubo supervivientes entre los asaltantes. El caso fue investigado por el Patriarca de la Noche, la máxima autoridad en la noche de Constantinopla, y el resultado de las pesquisas arrojó luz sobre los integrantes de la Orden del Fénix. El misterio envuelve la historia de esta hermandad tan inusual, pero el Patriarca logró encontrar a sus miembros y los castigó con la muerte definitiva. Urabi fue el último apresado y su castigo fue, sin duda, el más cruel: construyeron un navío y en su interior lo ataron a poderosos conjuros para confinarlo en una jaula taumatúrgica. El bajel fue hundido con el inmortal encadenado en su bodega y transformaron el mar Mediterráneo en una colosal e inexpugnable cárcel. Es una grave pérdida puesto que, como bien conocéis, el poder de los inmortales mantenía en orden el Equilibrio. Debemos ser prudentes puesto que no se conoce de momento el destino de Urabi, ya que el patriarca ha mantenido el secreto hasta ahora. Mucho me temo que en cuanto la noticia sea conocida nuestro mundo de agitará como un avispero furioso.

Permaneced alerta, pues, frater.

Aurelio Spiros

El salón anexo a la villa de don Mario Bauri lucía flamante bañado por la luz de los candiles. La estancia había sido engalanada con motivo de la visita del embajador de la corte de la sangre de Castilla, don Roberto González. El Patriarca de la Noche había delegado gustoso la presente consulta privada en su fiel consejero don Mario Bauri, puesto que él mismo se encontraba inmerso en un mar de quehaceres.

Don Roberto era un vampiro alto y delgado de compleción vigorosa, aunque no corpulento. Vestía de manera elegante, con bordados de oro y joyas incrustadas en su túnica. De porte educado y sereno, era un diplomático sagaz y altamente respetado en la corte bizantina, tanto en la humana como en la corte de la sangre. Lo acompañaba un leal servidor, Luis de Alquézar. Al contrario que su señor, Luis era un guerrero y su porte acentuaba su aspecto hosco: alto, de espaldas amplias y vigoroso. Lucía una cota de malla ligera con finas figuras ribeteadas con hilo de oro en su pecho. Su espada

permanecía custodiada por la guardia del patriarca en la entrada de la villa y parecía intranquilo.

Apenas tomaron asiento don Mario Bauri hizo acto de presencia. Era varios palmos más bajo que sus interlocutores, de rostro moreno y de hermosos rasgos mediterráneos. Escrutó a los dos castellanos con una rápida mirada mientras sonreía disimuladamente. No parecían excesivamente nerviosos, observó. O al menos mantenían las apariencias magistralmente. Tras los saludos preceptivos don Roberto tomó la iniciativa:

—Mi señor desea expresaros su inquietud al respecto del caso de don Ruy González de Ayala. En realidad, estamos preocupados por la falta de noticias.

Mario Bauri entrelazó los dedos de la mano y clavó su mirada en don Roberto.

—Desconocía que el destino de ese traidor perturbase el sueño de Su Excelencia —espetó arrogante—. Es un asunto secreto que hemos diligenciado con la mayor cautela.

Luis de Alquézar se removió en su asiento inquieto. Don Roberto le lanzó una mirada gélida y prosiguió:

—Vuestra Excelencia solicitó que mi señor intercediera ante vuestro emperador para conseguir que arrestasen a don Ruy en Castilla por una causa en el extranjero. Mi señor tuvo que mediar ante el rey para que lo permitiese, ya que el acusado era un colaborador suyo muy apreciado.

—Pero que muy apreciado —interrumpió Mario de forma socarrona—. Vuestro amigo era un miembro muy peligroso de una banda de asesinos. Y cuando conspiraron para derrocar al emperador de Constantinopla mi señor se vio en la obligación de actuar. El equilibrio entre los dos mundos así lo exigía.

—Pruebas —don Roberto escupió las palabras con una mezcla de odio e indignación—. La Lex Nocturna se basa en la existencia de pruebas para condenar. Deseo que me sean mostradas las pruebas que lo incriminan.

Mario sonrió mientras mantenía la mirada sin expresar sentimiento alguno. Parecía un duelo entre las dos mentes gélidas, pugnando por penetrar entre la guardia de su enemigo y acceder a sus pensamientos.

—No es posible —objetó el bizantino—. No fue posible llevar a cabo el juicio, ya que el barco en el que viajaban encalló en las costas italianas una noche de tormenta.

—Es curioso. No obstante, quiero examinar la documentación sobre la que vuestro señor se apoyó para acusar a Ruy. Quiero ver la investigación. Tengo derecho a ello puesto que era un súbdito de mi señor.

—Mi querido don Roberto González —la expresión de Mario se endureció—. Sois un miembro muy apreciado en nuestra corte. Vuestra discreción y sabiduría son ampliamente elogiadas. Sois un representante soberbio. No estropeéis vuestra reputación figoneando en los asuntos internos de nuestro señor. No es aconsejable, teniendo en cuenta que afectan al emperador de Constantinopla. Sois un representante extranjero que debe dejar que hagamos nuestro trabajo. Por desgracia el barco en el que viajaba Ruy naufragó en las costas italianas. El caso quedó zanjado. Me sorprende observar vuestro interés por la suerte de un inmortal.

—Vuestro señor conoce la repercusión que puede generar que la Orden del Fénix haya sido erradicada. El equilibrio que mantenían puede verse gravemente afectado.

—La Orden del Fénix se excedió cuando metió sus narices en los asuntos mortales del imperio —Mario se levantó y dio la espalda a sus invitados mientras hablaba—. Formaban una sociedad en la que los vampiros llamaban hermanos a los inmortales. Es obvio que la ambición pudo con ellos. No afecta para nada a la posición de mi señor. De hecho, la traición que perpetraron nos puso en peligro a todos nosotros, puesto que pudo haber sido roto el Velo que nos mantiene ocultos del mundo mortal. Nos vimos obligados a actuar de forma contundente. Era una enfermedad que había que erradicar.

—¿Debo, pues, informar a mi señor que Ruy ha perecido en un naufragio? ¿Debemos informar al rey de Castilla de que uno de sus colaboradores ha muerto? — don Roberto ocultó su satisfacción al poder descubrir, lentamente, los pensamientos de su interlocutor.

—¡Ruy era un asesino! —bramó Mario enfurecido—. Un bastardo inmortal que amasó una fortuna descomunal al ofrecer sus inmundos poderes al servicio del rey de Castilla.

Mario guardó silencio durante unos segundos luchando por recuperar la serenidad. Don Roberto no apartó su mirada penetrante.

—Era, bajo mi punto de vista, un insensato —prosiguió, más calmado—. Daré orden terminante de que copien los informes que lo incriminan en la traición al imperio. Debo advertir que se trata de un asunto secreto.

—Lo ha sido desde hace más de veinte años y no dudéis de que seguirá siéndolo. Tenéis mi palabra de honor.

Don Roberto dio por terminada la entrevista y abandonó la estancia seguido por su fiel guardaespaldas. En el exterior del recinto aguardaba su escolta y les fueron devueltas sus armas y sus cabalgaduras. Al cabo de un corto tramo, lejos ya del barrio imperial, se detuvieron.

—El tiempo apremia —susurró don Roberto en el oído de Luis—. En el puerto de Teodosio tenemos amarrado un trirreme pertrechado para partir inmediatamente. Hazlo sin demora. Relata a nuestro señor las nuevas noticias. Añade que he podido descubrir que las andanzas de Ruy eran conocidas en Constantinopla. He podido leer parte del pensamiento de Mario. Es posible que el mismo emperador hubiese encomendado algún trabajo a Ruy en el pasado. En el momento en el que nos hablaba sobre el naufragio del barco de Ruy pude leer un nombre en su pensamiento: Nicaea. ¡Nicaea! Allí es donde ejecutaron a Ruy. ¡Cabalga rápido antes de que decidan vigilar nuestros pasos!

Luis asintió con la cabeza y se desvió al galope. Don Roberto continuó el camino pensativo.

“Es una manera muy antigua de acabar con un inmortal: sumergirlo en una cárcel submarina con el propósito de subyugar su voluntad y terminar con su deseo de vivir. La tortura es espantosa, una de las más crueles. La piel se diluye y la sal del mar tortura incesantemente el pensamiento. La presión destroza los huesos, los pulmones y el resto

de los órganos internos revientan. Lo compadezco. Y era inocente... Por este motivo accedimos a que lo juzgasen. Si él hubiera tomado parte en esta insensatez, hubiera matado al emperador...

Mas, dudo mucho que un inmortal con el poder de don Ruy pueda ser derrotado con tanta sencillez. Si ha sobrevivido, temo más su sed de venganza que el desequilibrio provocado por la desaparición de la Orden del Fénix “

Capítulo II

Primeros días de mayo. A.D. 1176. Cerca de Toledo.

La hacienda se encontraba exactamente como él la recordaba. Ruy detuvo el paso de su corcel para aspirar con deleite la dulce brisa de su hogar. Luego avanzó lentamente para observar complaciente cómo los campos colindantes habían ganado en prosperidad. No reconoció a ninguno de los hombres que se apostaban en lo alto de los muros que protegían la casa, pero no le dio importancia, puesto que habían pasado más de veinte años desde el fatídico día en el que fue apresado. Un joven salió al paso cuando traspuso el portalón principal. El bullicio de la actividad de los sirvientes de la casa era acogedor, después de tantos años de penuria.

—Deseo ver a doña Alba —dijo Ruy mientras descabalgaba lentamente.

La mirada del sirviente se nubló un instante antes de replicar:

—Señor, creo que debéis acompañarme.

Ruy acompañó al sirviente hasta el interior de la casa. El tiempo había pasado modificando la decoración y la distribución de las habitaciones radicalmente. Accedieron a una pequeña sala y el muchacho desapareció al aparecer su señora.

No era doña Alba, ya que parecía demasiado joven. La muchacha se aproximó con una amplia sonrisa en su hermoso rostro. Vestía ropas de lino de calidad y una pequeña gema adornaba uno de sus dedos.

—Soy un pariente lejano de doña Alba —indicó Ruy.

—Mi señor, doña Alba falleció hace ocho años.

Ruy contuvo el aliento desolado. Tomó asiento torpemente, pálido como si hubiera mantenido una entrevista con la misma muerte. La joven ordenó traer vino y se lo ofreció amablemente.

—Don Ruy González de Ayala fue apresado hace muchos años. Doña Alba aguardó su regreso, pero según me relataron los sirvientes perdió toda esperanza al recibir la noticia de su muerte. Cada año que transcurría parecía que se transformaba en una década sobre sus hombros, de manera que se desvaneció su deseo por vivir. Falleció sin herederos, de manera que el rey reclamó las tierras y se las concedió a mi padre, don Arturo de Toledo.

Las lágrimas comenzaron a surcar furtivamente el rostro de Ruy.

—¿La enterraron en el camposanto de la casa? —preguntó trémulamente. Había enfrentado a innumerables peligros y enemigos y sufrido los peores castigos, pero aquel dolor que sentía era el más intenso que había padecido en mucho tiempo.

—Apenas han sobrevivido los sirvientes de aquella época, pero la cocinera creo que podrá informarnos mejor. El camposanto de la casa es un lugar lóbrego que nunca he visitado. Os la enviaré para que os guíe, mi señor.

La espera ayudó a Ruy a recuperar la compostura. A pesar del dolor que arrasaba su corazón no podía revelar su mascarada. La cocinera pareció reconocerlo, puesto que permaneció durante unos segundos aturdida a pesar de su avanzada edad. Con un gesto cómplice Ruy rogó a la mujer que lo condujese hacia la tumba de su amada “prima”, un pequeño recinto situado en la parte trasera de la villa donde descansaba una docena de tumbas mal conservadas. La anciana señaló una de ellas y dejó solo a Ruy, quien se aproximó a la tumba y se arrodilló. Bajo la luz del atardecer de la primavera el inmortal recordó emocionado los años que compartidos con aquella mujer, los únicos en los que había conocido la felicidad verdadera, alejado de las intrigas de las cortes y de las grandes batallas. Durante su cautiverio soñó con regresar a su hogar y estrechar los brazos de Alba, a pesar de la edad que a buen seguro la habría debilitado. Pero la locura que había guiado sus pasos provocó la mayor pérdida sufrida en toda su larga vida inmortal. Una voz interrumpió sus lamentaciones. Era la voz de la cocinera.

—Permitidme el atrevimiento, don Ruy, pero creo que debo entregarle algo.

Se incorporó sorprendido y secó las lágrimas con una manga. Entonces reconoció a aquella mujer: la esposa de su sirviente más fiel, Miguel.

—¿Qué ha sido de Miguel? —preguntó Ruy emocionado.

El rostro de la mujer se entristeció.

—Mi señor, Miguel permanece en Constantinopla aguardando vuestra llegada. Nunca perdió la esperanza. Permanezco en la casa por orden suya, ya que estaba convencido que volveríais en algún momento. Reconozco que no le creí jamás, pero obedecí. Miguel nos visitaba cada lustro, pero siempre oculto por múltiples disfraces.

Ruy sonrió.

—Mi buen Miguel —suspiró.

—Tomad —la anciana le entregó una pequeña bolsa de terciopelo—. Guardé la alianza y el crucifijo de plata que le regalasteis a doña Alba en vuestra boda.

Ruy tomó las joyas y las depositó de nuevo en las manos de la anciana. Su mirada, aún dolorida por aquella terrible pérdida, parecía encendida por la cólera.

—María, necesito que sigáis custodiando estos tesoros. Son para mí de un valor incalculable y allí donde me dirijo quizá corran peligro. Debo marcharme. Os debo gratitud por confiar en mi regreso, no lo olvidaré jamás.

Ruy se despidió con un tierno abrazo.

El fuego crepitaba furioso arrojando figuras ensombrecidas hacia el interior de la habitación. Ruy no apartaba los ojos de la danza hipnótica que arrojaba la sombra de un inmenso candil situado en el techo de la habitación, aunque en realidad no prestara atención. Estaba desnudo, sentado sobre un taburete con una copa llena de vino en la mano. Sus ojos se nublaron a medida que recordaba tiempos pasados. Tras él, tumbada en un lecho mullido, la silueta sinuosa de una mujer se encogía presa del cansancio. A pesar de mantener el recuerdo de su fallecida esposa, necesitaba aliviar el fuego interior que ardía como un enorme incendio. Él era un inmortal y en las criaturas de su especie las emociones se exacerbaban de manera inusual como una maldición sin fin. Aquella mujer no significaba nada, simplemente una forma de satisfacer una necesidad, como la jarra de vino que mantenía cerca de él, o como la comida que había devorado en el salón de aquella casa tan especial. Todo aquello había logrado aplacar la rabia que pugnaba por ofuscar sus pensamientos. Ahora su mente se había despejado, aunque permanecía dolorida.

Conocía bien aquel lugar, puesto que en sus últimos años en Toledo había acudido allí en numerosas ocasiones, buscando el olvido de una jarra de vino y el placer de una mujer antes de conocer a doña Alba. La casa era una enorme villa cerca de Toledo que permanecía impasible ante las numerosas voces en la corte que clamaban por su cierre. Pero era algo más que un prostíbulo: era un punto de encuentro entre vampiros, inmortales y mortales que proporcionaba una manera pacífica de satisfacer sus necesidades más impías. Y allí había regresado tanto tiempo después.

La mujer era hermosa y joven, de sedosa piel, labios lujuriosos, pelo azabache y mirada ardiente. Era considerada la más hermosa y la más cara. Respondía al nombre de Dara. Descendió de la cama y se aproximó a Ruy, abrazándolo tiernamente. El cuerpo de Ruy había recuperado parte del vigor y la velocidad de antaño. Aunque la pérdida de Alba le había apuñalado el corazón con un estilete afilado, sentía que lo único que lo mantenía con vida eran sus deseos de venganza.

—Parece que no lleváis demasiado tiempo en esta profesión —murmuró Ruy sin apartar la mirada del hogar—. Siempre dejáis beber al cliente todo lo que desee, así tendréis menos trabajo.

La mujer recorrió el cuerpo de Ruy con una mirada ardiente. Después de varias horas de pasión aún ansiaba con lujuria ser poseída por aquel extraño de músculos de acero.

—Muy pocos hombres han podido pagar lo que valgo, por lo que no tengo demasiada experiencia. Si os molesto, me retiraré.

—Tráeme más vino.

La muchacha comprobó que las cuatro jarras que permanecían en la mesa se encontraban vacías. Se incorporó de mala gana y abandonó la habitación. Varios minutos después regresó con dos jarras más. Las depositó sobre la mesa y continuó acariciando el cuerpo de Ruy lentamente.

—Estáis lleno de cicatrices, mi señor —observó asombrada—. Habéis corrido grandes peligros.

Ruy se giró lentamente. Tomó las manos de Dara y clavó la mirada en sus ojos.

—¿Habéis terminado? —preguntó con una sonrisa socarrona—. Me imagino que el no poder descubrir mis pensamientos está llenando de dudas los vuestros, ¿me equivoco? No parecéis un vampiro, lo habría notado. Tengo curiosidad por vos.

La muchacha se apartó avergonzada.

—No soy vampiro, aunque he conocido a algunos en este lugar. No me gustan. Pero sí, no poder descubrir qué dolor es el que os embarga el corazón hace que me entristezca. Sois un buen hombre.

Ruy lanzó una carcajada. Se aproximó a la cama y se tumbó divertido.

—No soy un buen hombre. Te sorprendería saber la cantidad de maldades que he cometido en el pasado y la cantidad de vidas que he segado, y las que segaré.

Dara se tumbó y comenzó a acercarse lentamente. Mantenía la mirada en los ojos de Ruy mientras retomaba las caricias.

—Sois más fuerte de lo que parecéis, mi señor. Más anciano y más sabio de lo que un guerrero debería ser...

Ruy se relajó a merced de las placenteras caricias de la muchacha. Cerró los ojos.

—Si sois vampiro o no, me da igual —murmuró—. Simplemente deseaba avisaros de que no debéis probar mi sangre, me dolería que un ser tan hermoso pereciese. Vuestra belleza me sorprendería más si no fueseis una criatura de la noche. Me compensaría más por el desorbitado precio que he pagado.

Dara se aproximó más todavía. Ruy se estremeció de placer.

—No soy un vampiro, descuidad. En cuanto al precio... Sois el primero que lo paga, así que tendré que complaceros. Incluso nos podríamos ver más en el futuro... ¿Dónde os alojáis?

—Dara —interrumpió Ruy mientras abría los ojos como si las palabras de la muchacha hubieran accionado un resorte en su mente—. Ya has terminado, no te necesito. Puedes marcharte.

—Pero, mi señor, —protestó la joven— la noche acaba de comenzar, tenemos todo el tiempo del mundo.

Ruy se incorporó rechazando las manos de la mujer.

—Tiempo, eso es lo único que me sobra. Pero necesito comenzar largas tareas y cuanto antes las inicie mejor —comenzó a vestirse. La muchacha permanecía tumbada en la cama con expresión de asombro y fastidio—. Podéis quedaros si lo deseáis, pero yo debo partir. Cuidaros, hermosa Dara... Si es así como os llamáis.

Ruy abandonó la estancia sin titubear, a pesar de la enorme tentación que suponía pasar la noche con la muchacha y del desproporcionado desembolso que le había supuesto. Pero el interés de Dara lo inquietó. Simplemente deseaba olvidar todas las penas que había sufrido, pero no esperaba tanto interés en él por parte de una meretriz. No encajaba.

Partió al galope veloz como una sombra en la noche. Al cabo de una hora percibió que alguien seguía sus pasos. Era casi imposible que quien lo persiguiera conociese realmente su identidad, por lo que no se inquietó. Se detuvo en el camino y desmontó. El corcel agradeció la pausa y piafó nervioso. Incluso el animal era consciente del peligro que se aproximaba. No tardaron en aparecer varias figuras a través del camino que se detuvieron sorprendidas al ser descubiertas. Una de ellas encendió una pequeña antorcha que iluminó sus caras. Ruy no los reconoció, pero sí descubrió que eran vampiros: mirada altiva y grave, tez algo pálida, ropas de calidad y bien armados.

—Una noche oscura para seguir a un humilde viajero —saludó Ruy con tono sarcástico.

—Os equivocáis, amigo —replicó uno de ellos—. Nosotros no os seguimos.

—Entonces no tendréis objeción en continuar vuestro camino, pues. Yo me encontraba descansando, admirando el bello firmamento toledano.

Uno de ellos dudó unos instantes.

—Quizá podamos recorrer el camino juntos —continuó el anterior—. Estos caminos están infestados de bandidos.

—Vampiros, querréis decir —espetó Ruy burlón—. No temo ni a unos ni a otros.

—Sea, pues. Nosotros continuamos, buenas noches, viajero.

—¿Cuándo vais a tenderme la emboscada? —preguntó Ruy—. Es obvio que me perseguís, por lo que camino adelante encontraréis algún lugar adecuado para atacarme.

—Viajero, creo que debéis cuidar vuestras palabras —amenazó el líder. Descabalgó lentamente, imitado por sus compañeros—. Creo que ahora tenemos nosotros alguna pregunta que hacer. ¿Quién sois y a dónde viajáis?

Ruy estudió la situación. Eran tres vampiros, uno o dos de ellos quizá buenos luchadores. Hacía tiempo que no tenía la ocasión de poner a prueba sus habilidades después de una convalecencia tan larga.

—Mi nombre y mi destino no son asunto de tres vampiros recién liberados del yugo de su amo.

Desenvainó la espada y empuñó su daga. Dibujó en el suelo una línea recta con la punta de la espada frente a él. Tras retroceder un paso se inclinó, invitándoles a traspasarla.

Casi le sorprendió el primer ataque. Había olvidado la velocidad a la que sus enemigos podían desplazarse, pero no suponía ningún problema para él: detuvo los primeros embates que dos de sus oponentes le dirigieron mientras observaba que el líder del grupo permanecía apartado portando la antorcha. Durante varios segundos que parecieron horas sus enemigos lanzaron numerosas estocadas, pero demasiado torpes para sorprender a Ruy. Sabía que una sola podía herirle de gravedad, así que no tuvo prisa alguna en atacar. Al cabo de poco tiempo descubrió una pequeña duda en uno de ellos y se lanzó sobre él como un lobo ante su presa: primero propinó un terrible codazo

que derribó a su compañero para lanzarse con una sonrisa burlona sobre su presa. Dirigía los mandobles con una velocidad moderadamente estudiada, con el objetivo de que su rival se confiase. Observó que el otro contendiente comenzaba a ponerse en pie lentamente; entonces amagó una estocada hacia el cuello y cuando presintió que su enemigo se disponía a detenerla alzando la guardia, descargó un terrible golpe en su cintura. Los huesos de su víctima se quebraron con un grito agónico de dolor. Este golpe le proporcionaría algo de tiempo para ocuparse de su otro rival. Recibió un ataque furibundo que esquivó y contraatacó con un tajo en la pierna derecha. Su rival ignoró el daño y se lanzó de nuevo al ataque. Con la daga detuvo una estocada alta y ejecutó un movimiento rápido con la espada y atravesó el corazón enemigo como el picotazo de un escorpión. El vampiro cayó envuelto en un charco de sangre justo en el momento en el que su compañero se incorporó de nuevo. No había tardado demasiado tiempo en regenerar el terrible daño que le había causado y se encontraba evidentemente debilitado. Mostró los colmillos como si de una fiera acorralada se tratase y se lanzó sobre Ruy, quien se agachó y esquivó el ataque; pero no consiguió evitar un terrible zarpazo que le había lanzado su rival a traición. No era grave, una herida molesta en el abdomen, pero Ruy ya había obtenido demasiada diversión. Lanzó una estocada fugaz que destrozó la pierna izquierda de su oponente y, antes de que tocase el suelo, ya había hundido la espada en su corazón. El derrotado cayó inerte como un objeto ensangrentado y sin valor. Ruy se dirigió hacia el único que no había combatido. Mantenía en alto la antorcha que apenas lanzaba unos rayos de luz mortecinos.

—¿Quién te envía? —preguntó Ruy con los ojos incandescentes de rabia—. Habla o te empalo ahora mismo, escoria.

De pronto la luz se apagó y la oscuridad cayó sobre ellos como un gélido manto. Ruy se lanzó sobre el vampiro, pero éste había desaparecido como si las mismas sombras se lo hubieran llevado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se acercó a los cuerpos inconscientes de sus rivales y sopesó cual sería la siguiente acción a seguir: podía decapitarles y acabar con ellos o podría dejarlos allí a merced de su capacidad de regeneración. Sintió un pequeño pinchazo en la herida. La noche pronto acabaría y si la luz del amanecer sorprendía a los vampiros a la intemperie morirían abrasados. Ruy montó en su corcel y decidió proporcionarles una oportunidad para sobrevivir: si restañaban el daño a tiempo sobrevivirían. El destino de aquellos dos vampiros no le preocupaba más que la identidad de su líder. Aquella desaparición envuelta en sombras mostraba un poder que el inmortal ya había podido sufrir tiempo atrás, lo cual lo intranquilizó.

Las primeras luces del alba le dieron la bienvenida cuando llegó a la posada en la que había elegido alojarse mientras durase su estancia en Toledo. El lugar se encontraba a menos de media jornada de camino a la ciudad, una distancia cómoda y discreta que le permitiría pasar inadvertido. Un siervo atendió al caballo y le informó de que don Arturo de Orleans le aguardaba en su habitación. Ruy sonrió y le ordenó traer una jofaina con agua muy caliente a su habitación. Don Arturo apenas había tardado unas horas en acudir a su llamamiento, ya que Ruy le había dejado un mensaje al inicio de la noche anterior en el lupanar. Accedió al vestíbulo y, guiado por el sirviente, ascendió por las escaleras que lo condujeron hasta la alcoba que había alquilado por unos días.

La estancia parecía ser la más cómoda de la posada: amplia, confortable y limpia. El fuego de una pequeña chimenea le proporcionaba una agradable calidez. Sentado frente a ella permanecía un hombre de edad avanzada que se incorporó al aparecer Ruy. Era de complexión fuerte, de torso amplio y fornido, alto y con facciones angulosas. La edad había arqueado levemente sus hombros y encanecido su cabello y una barba perfectamente cuidada. Vestía ropas de calidad con el emblema de la Real Orden de Espaderos de Toledo. El anciano sonrió y saludó con una suave reverencia.

—¡Por favor, don Arturo! —exclamó Ruy, abrumado mientras estrechaba las manos de su interlocutor—. Recordad que ya no me debéis lealtad, ya no sois uno de los míos.

—Temí por vuestra seguridad cuando me llegó la noticia de vuestro apresamiento. Lamentablemente no pude reaccionar a tiempo.

—Mi presidio fue... Instructivo —apuntó Ruy—. Pero de ello ya me ocuparé. ¿Qué fue de don Luis Álvarez de Montemayor?

Don Carlos tomó asiento con una mueca de preocupación.

—Don Luis se dirigió a Constantinopla hace diez años para localizar vuestro paradero. Nunca se perdonó haberos dejado en manos de Hyeros. Desde entonces no hemos recibido noticias tuyas, mucho me temo que haya caído.

—Una lástima. Don Luis me parecía un excelente soldado leal a su majestad, ante todo. Y un viejo amigo al que aprecio desde largo tiempo.

El sirviente interrumpió portando una pequeña palangana repleta de agua humeante. Ruy se incorporó y extrajo una pequeña bolsa de uno de los pliegues de su camisa. Vertió en la palangana unas hierbas. Tomó una sábana del lecho y la desgarró en varias tiras.

—Equisetum arvense —apuntó don Arturo—. ¿Estáis herido?

Ruy se desnudó el torso y contempló la herida que había recibido horas antes.

—Hace tiempo que no combato. Un vampiro me lo ha recordado.

Preparó una cataplasma que aplicó a la herida y la vendó cuidadosamente.

—Nosotros no nos recuperamos como nuestros enemigos, ¿recordáis? —Ruy tomó asiento junto a su amigo—. Por cierto... ¿Cómo os sentís?

Don Arturo permaneció silencioso algunos instantes antes de contestar. Cuando lo hizo su voz sonó apagada.

—Viejo... ¡Sí, viejo! No podría imaginar lo feliz que soy de envejecer junto a Ana.

—En verdad me sorprendió el sacrificio que realizasteis. Renunciar a la inmortalidad....

—¡No me compadezcáis! El don que tienen los mortales es algo que los distingue de nosotros. Los últimos años que he vivido como mortal son los más dichosos de toda mi existencia. El don de la muerte es algo que como inmortales hemos anhelado en nuestro interior. Yo lo he obtenido y jamás me arrepentiré.

Ruy apoyó las manos en los hombros de su amigo.

—Siempre he respetado vuestras decisiones.

—¿En verdad me respetáis? —replicó don Arturo sonriente.

Ruy afirmó con la cabeza.

—Entonces debo pedirlos un favor, viejo amigo —prosiguió el anciano.

—Estoy en deuda con vos, mi señor.

Don Arturo se incorporó enérgicamente.

—¡No soy vuestro señor! —rugió colérico—. Cuando renuncié a la inmortalidad dejé de ser miembro de la Orden del Fénix.

—Don Carlos —interrumpió Ruy con una sonrisa socarrona—. Queríais pedirme algo...

—En efecto —continuó el aludido más calmado—. La muerte no es el único don que he recibido y del que los inmortales carecéis...

—¡Por todos los dioses, don Arturo! ¡Tenéis descendencia!

El rostro del anciano se encendió de alegría.

—¡Y qué descendencia! —exclamó sonriente—. ¡Una docena de hijos, ni más ni menos!

—Os envidio, don Carlos —afirmó Ruy sorprendido—. ¡Y os felicito!

—Gracias, gracias —don Arturo tomó asiento de nuevo junto a Ruy—. Amigo mío, de la misma forma que entre mis hermanos yo fui el único que recibió la inmortalidad, uno de mis hijos la ha heredado...

—¡Por Belcebú que no me lo puedo creer! —Ruy estalló en una carcajada—. Sois una fuente inagotable de sorpresas.

—Creedme que esta sorpresa es demasiado desagradable. Sospeché que mi primogénito había heredado mi vigor porque jamás enfermó durante la infancia. Se mostraba más rápido que los demás, creció más fuerte y más inteligente. Me recordaba a mis viejos tiempos, a mi infancia tantos años atrás. Xabier, así se llama, recibió una herida mortal durante una cacería y se repuso de ella en apenas una semana. Logré alejar toda sospecha al atribuir semejante proeza a los milagrosos poderes de un mártir cristiano. Pero necesito que mi hijo abandone su hogar, Ruy, como lo hicimos tú y yo. Aunque me duela, necesito separarme de mi hijo. No puedo consentir que al cabo de los años se descubra que es inmortal.

—Debe marcharse, estoy de acuerdo —asintió Ruy.

—Me gustaría que lo tomaseis como tu aprendiz.

Ruy permaneció pensativo durante varios minutos.

—Don Arturo, sabéis que mi camino es muy peligroso. Debo aclarar el motivo por el que fui apresado, así como averiguar el paradero de nuestros camaradas desaparecidos. Persigo venganza, amigo mío. Y es demasiado peligroso para el muchacho.

—¡La Orden del Fénix se extingue, Urabi de Ukesh! ¿Esperáis ser el último miembro de la Orden? —don Carlos se incorporó majestuoso, como un altivo rey de antaño enfurecido—. La Senda del Acero se perderá contigo, ¿es que no deseas que su conocimiento perdure? ¿Quién mejor que tú para guiar los primeros pasos de mi primogénito?

Ruy evitó la colérica mirada de su amigo.

—De acuerdo. En verdad no tenemos otra alternativa, ¿conocéis a otro inmortal acaso?

El anciano sonrió complacido.

—Muchas gracias, viejo amigo. No esperaba menos de ti.

Los dos hombres descendieron y encontraron el rellano de la posada repleto de actividad. Un desconocido se aproximó a don Arturo y lo abrazó.

—Así que este es tu hijo —apuntó Ruy mientras contemplaba como padre e hijo se despedían.

Los tres se dirigieron a las cuadras mientras un sirviente ensillaba su corcel. La mañana se había levantado con un sol caluroso y radiante. El hijo de don Arturo, Xabier, era un hombre alto, no tan fornido como su padre pero de similares rasgos angulosos de su rostro, idéntica mirada e incluso voz parecida.

—Hijo mío —comenzó don Arturo. Había luchado durante varios minutos para contener la emoción y parecía que lo había logrado levemente—. Quizá sea esta la última vez que nos veamos. Créeme si te digo que no hay nadie mejor que Ruy para mostrarte el camino correcto.

—Honraré vuestra memoria, padre —contestó emocionado el joven.

—Hazlo, hijo mío. Y hazme sentir orgulloso si en alguna ocasión tengo noticias tuyas. Recuerda tus orígenes. Recuerda que yo seguiré el camino que elegí recorrer y, cuando encuentre el final, lo haré gustoso. No temas alejarte de mí, hijo mío, puesto que para ti va a comenzar una vida nueva.

Padre e hijo se fundieron en un abrazo emotivo en silencio. Al cabo, don Arturo se giró y montó en su corcel esquivando la mirada de su hijo.

—Tienes que aprender a convivir con el dolor que te puede producir despedirte de tus seres amados —apuntó Ruy mientras ambos contemplaban la marcha lenta de don Carlos—. Este es el primero de ellos y no el más doloroso. Acostúmbrate, Xabier. Pero, vamos, este no es el mejor lugar para hablar de estas cosas. Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Cuál es nuestro destino? —pregunto el muchacho con voz trémula.

—Constantinopla. Nuestra llegada no será esperada por mis enemigos, pero antes vamos a hacer una visita a un viejo amigo.

Capítulo III

“Sabed, ¡oh, rey!, que cuando antaño otros reyes y emperadores gobernaban sus tierras, en ellas moraban los ancianos señores de las criaturas que ahora habitan entre nosotros. Seres poderosos, dioses vivientes cuyos caprichos y deseos colisionaban entre sí provocando guerras, catástrofes y plagas. Mi rey, sabed que ahora un velo intangible nos separa y a la vez nos protege de ellos, mas nuestros antepasados no gozaron de la misma suerte. Muchos de aquellos ancianos perecieron, otros pocos sobrevivieron sumidos en eternos letargos en refugios secretos. Sabed, mi rey, que quizá cuando estas poderosas criaturas se despierten desearán tomar por la fuerza lo que ellos han creído que les pertenece... “

Toledo, A.D. 1176.

De Caio Leptino a Aurelio Spiros, gran maestro de la casa Veritas en Constantinopla.

¡Salve, Frater!

Lúgubres son las horas en la que nos encontramos. Mis pesquisas arrojan nuevas y sorprendentes noticias. En verdad he encontrado el paradero de Urabi de Ukesh, si bien con el paso de los días su rastro ha desaparecido en una bruma misteriosa. Emisarios de nuestro rey han retornado de Constantinopla con la localización de la prisión en la que fue encarcelado. Nuestro señor envió a sus más leales servidores, pero su llegada fue tardía, ya que Urabi había logrado escapar. Su rastro se perdió en el mar y, aunque mis propios espías habían logrado encontrarlo de nuevo, ordené que mi mejor confidente vigilase incansablemente a don Arturo de Orleans, espadero mayor de la Real Orden de Espaderos de Castilla. La finalidad de la Orden de Espaderos es salvaguardar la vida del rey, por lo que reclutan para ello a los mejores soldados ya sean castellanos o no. Y don Arturo es el mejor, puesto que antaño gozó de la inmortalidad y renunció a ello por amor a una mujer mortal. Ahora envejece lentamente junto a su progenie. Pero heme aquí que una noche el hijo mayor de don Arturo y él mismo abandonaron su residencia en Toledo, dirigiéndose a una posada cercana. Hermano mío, ¡allí se alojaba Urabi! A la mañana siguiente regresó don Arturo con la noticia de que su hijo mayor había embarcado a Tierra Santa. Mucho me temo que su primogénito comparta la maldición a la que renunció su padre y haya sido confiado a Urabi.

Aún poseo más noticias intranquilizadoras: el emisario que envié a Constantinopla me informa de que, en efecto, la Orden del Fénix ha sido aniquilada. El equilibrio ha perdido a su más poderoso defensor y como consecuencia todas las casas están forjando alianzas, fortaleciéndose y preparando el inminente inicio de una nueva guerra como chiquillos que observan que sus mayores ya no los vigilan. La guerra es inminente, así

que redoblabamos nuestros esfuerzos en permanecer alerta ante los sucesos aciagos que habrán de acontecer.

Tu hermano de sangre.

C.L.

Ruy se inclinó molesto por el dolor que le causaba la herida. Él y su acólito avanzaban en silencio y al trote cerca de las murallas de Toledo. Xabier estudió el rostro de su reciente mentor y descubrió en él una tristeza y dolor agudos e insondables que se reflejaban en su mirada. ¿Era aquello el resultado de los largos siglos de existencia de un inmortal? ¿Cuánto sufrimiento habían contemplado aquellos ojos fatigados? Daba comienzo para Xabier una nueva vida extraña a todo lo que había aprendido durante sus años de instrucción, y le causaba curiosidad y admiración poder acompañar a Urabi de Ukesh, de quien tantas historias había escuchado relatar a su padre.

A un kilómetro de las murallas de Toledo se desviaron y tomaron un viejo sendero borroso que atravesaba la espesura de un pinar. El día se había tornado caluroso y observó como Ruy apenas bebió agua de su cantimplora. Las pupilas de su mentor se dilataron y una leve sonrisa se dibujó en su rostro cuando llegaron a un claro del bosque, donde las ruinas de un poblado abandonado languidecían bajo el paso del tiempo. Ruy desmontó y se dirigió con paso titubeante a los restos de una de las pequeñas chozas de paredes desmoronadas. Permaneció unos instantes escudriñando la espesura que los rodeaba, hizo una seña a su compañero para que lo acompañase y ambos entraron en su interior. Ruy limpió con las manos todas las piedras que se acumulaban en las paredes. Continuó palpando entre las juntas de la pared que formaba una chimenea en ruinas hasta que encontró lo que buscaba. Con un leve chasquido el bloque que formaba el hogar se separó de las piedras de la pared. Ruy pidió ayuda a su joven amigo y entre ambos consiguieron mover el pesado bloque macizo, descubriendo ante ellos un pasadizo oscuro que se hundía en las entrañas de la tierra.

—Confía en mí, Xabier —contestó Ruy a la mirada confusa de su compañero—. Hace muchos años que no descendo por este pasadizo. Hoy vas a conocer al maestro Helkias.

—Pensé que era un cuento de miedo para niños —contestó temeroso Xabier—. Nunca podría imaginar que existiera de verdad.

—Los cuentos de niños a veces son realidad —replicó Ruy mientras comenzaba a descender por el pasadizo—. Si quieres sobrevivir en nuestro mundo, debes aprender a escuchar todas las historias y a concederles algo de credibilidad. Apoya tu mano en mi hombro y camina con precaución, puedes caerte en la oscuridad.

—Pero... Está oscuro, ¡nos perderemos! —protestó Xabier.

—Aprenderás a ver en la oscuridad, amigo mío —afirmó Ruy sonriente—. Es una cuestión de tiempo, y nosotros tenemos todo el que necesitamos. ¡No temas!

Descendieron durante varios minutos hasta que la luz del exterior se disipó. Ruy condujo a su amigo sin vacilar entre la maraña de túneles que atravesaban las murallas de Toledo y se perdían entre sus catacumbas.

—Cuando era joven ayudé a construir estos túneles. Hace mucho tiempo, cuando la República gobernaba Roma. Los conozco de memoria. Aquí moran criaturas que podrían hacer palidecer al más valiente de los mortales. Pronto llegaremos a los dominios de Helkias, un maestro herrero inmortal. En estos dominios tu espada no significa más que un trozo de arcilla comparada con las armas que aquí se fabrican. Estas te proporcionarán alguna esperanza de triunfo si te enfrentas a alguna de las criaturas que a buen seguro se cruzará por nuestro camino. En el mundo en el que vas a entrar, Xabier, las armas normales no son más que simples juguetes.

Ruy logró abrir con un fuerte empujón una vieja puerta que se extendía al fondo de un recóndito pasadizo. Traspusieron la puerta y accedieron a un pequeño vano mal iluminado. Se abrió una puerta delante de ellos y apareció una mujer vestida con un viejo hábito y cubierta por un tocado oscuro. Ruy tomó lentamente su daga y se provocó una pequeña herida en la palma de la mano. La mujer se aproximó y mojó uno de sus dedos en la herida.

—Soy Ruy González de Ayala, antes conocido como Urabi de Ukesh, como mi sangre corrobora. Quiero ver a tu señor.

La desconocida se inclinó hacia Xabier. Este apenas contuvo una mueca de horror al descubrir entre el tocado oscuro de la mujer un rostro deforme. Parecía que las cuencas marchitas de los ojos podían ver y sus colmillos afilados y retorcidos, como los de una serpiente macilenta, se aproximaron al joven inmortal.

—Es mi compañero —interrumpió Ruy mientras sujetaba a la mujer por un brazo—. Llévanos ante tu señor.

La mujer lamió su dedo manchado por la sangre de Ruy y asintió, aunque escupió de inmediato el líquido. Alzando una mano les indicó que la acompañasen. Ruy tomó un candil colgado de una pared y acompañó a la mujer vampiro.

Atravesaron una amplia estancia envuelta en sombras y descendieron hasta una angosta garganta que se extendía entre las entrañas de la ciudad. Un largo puente de piedra conducía hasta donde la mirada se perdía entre la oscuridad. Siguieron a la mujer vampiro iluminados por el candil. El aire estancado y viciado dificultaba la respiración y alrededor de ellos parecía que las sombras cobraban vida y los perseguían de manera caprichosa. Ni en la peor de las pesadillas Xabier podría haber imaginado una situación más aterradora.

Después de varios minutos agónicos llegaron al final del puente. Entraron en un pequeño taller y la mujer les indicó que aguardaran allí a su señor. La herrería era pequeña, con útiles antiguos y herrumbrosos. La luz del candil iluminaba completamente el lugar. Al cabo de unos minutos la puerta se abrió y entró un hombre menudo y delgado como una de las sombras que les habían perseguido en los túneles. Sonrió cuando descubrió a Ruy y ambos se fundieron en un abrazo.

—Largo tiempo hace que no me visitas, viejo amigo —dijo Helkias sonriente—. Preséntame a tu compañero.

—Helkias, este es Xabier de Toledo, hijo de nuestro viejo amigo don Arturo de Orleans.

El herrero lanzó una exclamación de asombro y contempló a Xabier.

—¡Por todos los dioses! —gritó sonriente—. No puedo creer que el viejo estúpido de don Arturo consiguiese revertir nuestro don. ¡Pero si sois idéntico a vuestro padre!

Xabier estrechó la mano que le ofreció el herrero y sonrió. Ruy se aproximó al anciano:

—Tenemos poco tiempo, Helkias —dijo—. Necesito que le fabriques una armadura y una espada. Don Carlos me ha confiado la misión de enseñarle a sobrevivir en nuestro mundo.

—No ha podido encontrar mejor maestro, muchacho —apuntó Helkias—. Nada diré del periodo de tiempo que has desaparecido, amigo mío, puesto que aquí te encuentro.

—Es preciso que guardes el secreto.

El herrero sonrió.

—Nadie me pregunta, porque nadie me visita desde hace años. Simplemente recibo los encargos mediante mensajeros y atiendo solamente a los que me place. Pero basta de palabras, puesto que el tiempo os apremia.

Helkias abandonó la forja y volvió inmediatamente con una larga cubeta entre las manos. La colocó junto a Xabier y le tomó la mano.

—Supongo que no conoces nada de lo que vas a experimentar, por lo que te ahorraré las preguntas. Voy a confeccionarte una cota compuesta por finas mallas de acero entremezcladas con un tejido que trenzo con un hilo especial fabricado de manera secreta. Desde hace milenios fabrico estas armaduras capaces de resistir los ataques de nuestros enemigos. Voy a extraer toda tu sangre, mas no temas: recuerda que eres inmortal y al cabo de unos días te recobrarás como si de un sueño agotador se tratase. Tu sangre servirá para medir la fortaleza de la cota y te atará a ella, de manera que solo tú podrás vestirla. Quien trate de portarla perecerá consumido por la armadura. Recuérdalo bien. Con tu sangre, *filae* y tierra sagrada forjaré una espada. Será única, solo para ti. No debes desenvainarla en vano, puesto que siempre que sea mostrada debe probar la sangre. Nadie más que tú debe tomarla, ya que que podría ser fatal para quien la tomara. Todo esto es extraordinario para ti, lo veo en tu mirada. Pero, créeme, tus enemigos portarán armaduras similares a las que te brindo, blandirán armas más terroríficas y su poder será superior al tuyo. Da gracias a los dioses porque Ruy González de Ayala te acompaña, es un maestro sabio pero inflexible.

En el momento en el que pronunció la última frase tomó un cuchillo e hirió a Xabier en su muñeca derecha, quien se estremeció de dolor. Se dejó caer sobre un asiento tras sentir una pesadez letárgica que lo sumió lentamente en un sueño helado. Era su bautizo en un mundo para él desconocido.

—Siempre me maravillo ante nuestro milagro —apuntó Helkias mientras contemplaba como fluía la sangre de Xabier. Su rostro comenzó a palidecer macilento.

—Helkias, nuestra maldición es más terrorífica de lo que podemos imaginar. He sufrido tormentos que harían estremecerse al más sanguinario de tus sirvientes.

El herrero permaneció largos minutos en silencio.

—La noticia de tu muerte corre como una plaga en las calles de Constantinopla. La desaparición de la Orden del Fénix desencadenará la guerra, amigo mío.

—Helkias, no puedo imaginarme quién puede desearlo, pero hemos sido traicionados. Fui acusado por un delito que no cometí, y quiero saber quién se encargó de ello. Deseaba construir una vida nueva con Alba y la han destrozado.

—Veo más dolor por la muerte de esta mortal que por las torturas que has sufrido, amigo mío —Helkias se incorporó y tomó el candil—. He terminado. Sígueme, proporcionaremos a nuestro nuevo amigo un lecho en el que descansar.

Ruy tomó en brazos a un inconsciente Xabier y abandonaron la forja para ascender por unas largas escaleras en espiral. Luego de atravesar un portón de madera entraron en una amplia estancia situada en el exterior. El sol comenzaba a ponerse más allá de las murallas. Helkias depositó el candil encima de una mesa e indicó a Ruy que acomodase a Xabier en un pequeño lecho. Acto seguido condujo a su invitado a un salón más pequeño y humilde. Tomó una jarra de vino y sirvió una copa a su amigo.

—Los judíos no solemos beber vino —apuntó mientras llenaba su copa—. Pero el paso del tiempo me confiere ciertos privilegios, amigo mío.

Ruy mojó los labios en el vino y se relajó por primera vez en mucho tiempo. Comenzó a relatar el comienzo de su infortunio, hace veinticinco años. Las horas comenzaron a pasar lentamente mientras los viejos camaradas disfrutaban del recuerdo y la nostalgia. Al cabo, Ruy solicitó una jofaina con agua caliente y cambió la cataplasma. En un día más la herida estaría completamente sanada. La cena fue servida allí mismo.

—¿Guardas tu armadura? —preguntó Helkias al cabo de unos minutos de silencio.

—Antes de ser apresado la envié a Constantinopla. Tenía pensado acudir allí a investigar el motivo por el que la Orden del Fénix deseaba asesinar al emperador.

El anciano sonrió.

—Tardaré varios meses en tener lista la armadura de tu muchacho; tras lo cual será enviada a Constantinopla.

—En cuanto Xabier se recupere nos iremos a Levante. Allí tomaremos el primer navío que parta hacia Constantinopla.

Helkias negó lentamente con la cabeza.

—Los puertos están constantemente vigilados. La guerra es inminente y hay demasiados ojos pendientes en los viajeros que embarcan hacia oriente. Un pariente mío partirá en una caravana con destino a Constantinopla. Evitará los puertos de Aragón hasta llegar a Montpellier. Viajará hasta Génova donde tomarán un barco que bordeará

la costa Adriática y llegará a Constantinopla. Son varios meses de viaje, pero creo que te puede ayudar.

—A pesar de ser inmortal tienes una capacidad asombrosa de rodearte de parientes —apuntó agradecido Ruy.

Helkias sonrió.

—Es uno de los pocos placeres que nuestra condición nos impide, pero siempre he cuidado de mi familia, o de los que los considero como tal. Y a ti te considero pariente más que un amigo.

Ruy bebió complacido.

Tres días después Ruy y Xabier se encontraban formando parte de una pequeña caravana comercial con rumbo a Constantinopla. El tramo inicial recorrería tierras de los reinos de Castilla y de León para proseguir por Montpelier, Marsella, Lyon y llegar a Génova, donde embarcarían con rumbo a Constantinopla. Helkias les proporcionó lo suficiente como para poder completar su mascarada a la perfección: media docena de carromatos que transportaban armas, complementos para armaduras y otros productos de lujo.

—Helkias sigue siendo un viejo amigo —apuntó sonriente Ruy cuando traspusieron las puertas de Toledo— pero a pesar de todo no olvida que es un viejo judío inmortal... ¡Nunca perderá dinero!

—Mi señor —apuntó Xabier con tono suave—, no entiendo el motivo por el que no nos dirigimos a Constantinopla lo más rápido posible.

—Todo a su tiempo, joven amigo —replicó Ruy mientras aspiraba profundamente el aire del campo, traspasados ya los muros de la capital—. Necesitamos algo de tiempo para conocernos si en verdad quiero ejercer mi tarea de maestro con diligencia. Además, es juicioso no precipitarse, puesto que seguro que nuestros enemigos conocen que he logrado recuperarme de mi letargo. Lo primero que debes recordar es que el tiempo es lo único que nos sobra... Somos inmortales...

Marchaban a lomos de buenos corceles y vestían discretas ropas de viaje. Helkias los había colmado con múltiples regalos, entre ellos sendos sables magníficos. Eran armas soberbias forjadas hace cientos de años durante uno de sus misteriosos viajes. El herrero inmortal mantenía la costumbre cada varios siglos de abandonar el calor de sus dominios y emprender un viaje cuyo destino solo era conocido por él. “Viajes de sabiduría”, los denominaba siempre. Y aquellos objetos eran sables de hoja curva con un solo filo, de apenas un metro de longitud y ligeros como plumas. Xabier recibió el regalo con agradecimiento, pero con muy poco entusiasmo. Lo guardó como un tesoro en uno de los carromatos y continuó portando una espléndida espada ancha, regalo de su padre y mejor arma para un caballero como él.

—No portas el último regalo de Helkias —observó Ruy. Xabier tardó algunos segundos en contestar avergonzado.

—Soy incapaz de empuñarla, mi señor. Puedo alzarla con una mano, pero es demasiado pequeña para empuñarla con las dos. No creo que me pueda ser de gran ayuda en un combate.

—Debes saber que Helkias pasó varias lunas trabajando ininterrumpidamente en estos dos sables —Ruy mantenía la mirada distraída en el camino—. No debes despreciar tan pronto un regalo tan poderoso.

—Parece frágil. No creo que soporte grandes embestidas...

Ruy lanzó una sonora carcajada y respondió a las miradas curiosas de sus compañeros de viajes con una sonrisa burlona.

—Cuando descansemos aclararé tus dudas —contestó—. Pero antes me has formulado una pregunta y para contestarte necesito que me informes sobre la situación política del reino. He permanecido ausente durante demasiado tiempo. Me figuro que como hijo mayor del capitán de la Real Orden de Espaderos de Toledo estarás al tanto de la mayoría de las intrigas palaciegas.

—Así es, creo estar al tanto de muchas.

—Adivino que tu padre es más inteligente de lo que parece al alejarte de ellas. Desconozco todo lo ocurrido desde aproximadamente finales del Anno Domini 1150. ¿Sigue gobernando mi buen señor Alfonso VII, *Imperator Totius Hispaniae*?

Xabier permaneció varios instantes en silencio, tratando de recordar.

—Falleció en el 1157 a la vuelta del intento de reconquista de la ciudad de Almería.

—Una pena, era un gran rey. ¿Quién lo sucedió?

—Su primogénito, Sancho, heredó Castilla y su hermano, Fernando, heredó León.

—¿Ocurrió sin violencia? —preguntó Ruy con interés.

—No al principio. Durante los primeros meses de reinado ambos hermanos se respetaron. Pero casi un año después Sancho invadió la frontera con León, si bien llegaron a un acuerdo diplomático. Poco después falleció en extrañas circunstancias.

—¿Qué ocurrió después?

—El primogénito, Alfonso, apenas contaba con tres años de edad, por lo que su madre designó a Gutiérrez Fernández de Castro como tutor.

—¿Lo consintió la casa de Lara?

—Hasta hace seis años Castilla se sumergió en una cruenta guerra civil, mi señor.

—Eso es lo que sucedió a los ojos de los mortales, amigo mío —comentó sonriente Ruy—. Vas a comenzar a conocer un mundo terrible, implacable. La casa de Castro y la casa de Lara mantienen enfrentamientos históricos. Los Castro son manejados por la familia Martia, vampiros con orígenes romanos emparentados con numerosas casas europeas. Los Hirios, de orígenes visigodos, manejan los destinos de la casa de Lara, por lo que estos trece años han debido ser muy provechosos para ellos. A pesar de su

mayoría de edad, a buen seguro que nuestro pobre Alfonso VIII de Castilla estará fuertemente influenciado por los Hirios.

—Es difícil de creer —protestó Xabier.

—La historia que los humanos conocen está corrompida por las telas que los vampiros tejen, lamentablemente. Los más nobles de ellos son codiciosos, manipuladores y retorcidos como sierpes. Allá donde vayas siempre existirá un vampiro que ostente el poder en la sombra.

—¿Y nosotros?

La sonrisa se borró del rostro de Ruy como llevada por la brisa. El vaivén del carromato lo mecía suavemente.

—Somos muy pocos, Xabier, y nos encontramos demasiado dispersos. Los vampiros ostentan el poder, ya que son más numerosos y quienes mantienen el mayor control sobre los humanos. Los hombres lobo mantienen territorios alejados de las ciudades. Son peligrosos en el cuerpo a cuerpo, aunque la mayoría de ellos nos respeta y en el pasado hemos sido aliados. Tan peligrosos como los vampiros son aquellos de los nuestros que desarrollan la magia. ¡Guárdate de ellos! Son poderosos y despiadados, aunque solitarios y más interesados en ahondar en sus conocimientos que en los asuntos mundanos. Proliferan las órdenes a imagen y semejanza de las humanas, pero con siniestros motivos la mayoría de ellas. Yo pertenezco durante mucho tiempo a la Orden del Fénix, la Orden más poderosa y temida en nuestras tierras. Nuestro cometido era mantener el orden, conocido por Equilibrio, entre los vampiros y el resto de criaturas. Desde tiempo inmemorial tendemos un Velo entre el mundo de los mortales y el nuestro. Aquellos que amenazaban el equilibrio eran castigados por nosotros.

—¿Qué sucedió?

—La traición ha destruido la Orden del Fénix. Desconozco el motivo, Xabier, pero lo descubriré. Hay demasiadas facciones interesadas en ostentar el poder en la noche tras el Velo.

De pronto Ruy guardó silencio y no pronunció palabra alguna hasta que la noche cayó sobre ellos. El recuerdo de la última visita de don Carlos, con la descabellada empresa de atentar contra el emperador, lo envolvió en una tristeza velada y melancólica.

La caravana estaba compuesta por una veintena de carrromatos que transportaban desde armaduras y armas hasta sedas, especias, lino y un sinfín de productos. La dirigía Samuel, pariente de Helkias. Su primer destino importante era la feria de Medina del Campo. Les proporcionaban escolta soldados contratados por Samuel, quien no apartaba de ellos su atención. La noche era límpida y clara y acamparon en un amplio claro del camino. Formaron un amplio círculo con los carrromatos y encendieron hogueras. Arturo Sigelza, un hombre de edad madura y pelo canoso, dirigía la intendencia ayudado por sus dos hijos, Carlos y Miguel. Los dos inmortales cenaron en solitario recostados frente a un pequeño fuego.

—Vamos a comprobar tu teoría — dijo Ruy al terminar la cena. Se incorporó y desenvainó el sable. El reflejo de la luz de la fogata le transfirió un hermoso tono

dorado—. Desenvaina tu espada y álzala firmemente, como si fueses a detener una estocada. ¡Ten cuidado! Aléjala de tu cuerpo.

Xabier sostuvo la espada con las dos manos. Era una magnífica espada forjada por los mejores herreros toledanos. Ruy cerró los ojos y asió el sable con las dos manos. De pronto ejecutó un semicírculo y la hoja rasgó el aire con un siseo antes de impactar contra la hoja de acero toledano. El impacto fue brutal y con un chasquido metálico la espada de Xabier se quebró en múltiples esquirlas. Ruy sonrió y enfundó el sable.

—¿Ves amigo mío? Las apariencias engañan en nuestro mundo —susurró mientras se inclinaba ante Xabier, quien había caído al suelo desequilibrado por el brutal impacto—. Levántate, ¡hemos alborotado a todo el campamento!

Ambos se incorporaron y Ruy exclamó disgustado:

—¡No volveré a comprarle un arma a un sarraceno!

Xabier recogió los restos de su espada y el grupo de curiosos se dispersó divertido. Luego se dirigió al carromato para recuperar el sable de Helkias.

—Recuerda que es más importante pasar inadvertidos —susurró Ruy al oído de Xabier antes de encaramarse al carromato—. Es preferible que crean que somos estúpidos antes que misteriosos... Recuérdalo porque te evitará muchos problemas.

Dos días después la caravana se detuvo en la villa de Medina del Campo. La pequeña población cobró vida con su llegada y pronto la plaza del mercado se abarrotó por los habitantes de los alrededores. Daniel, un hombre de mediana edad que había sido nombrado por Helkias el responsable de las mercancías, sonrió a Ruy.

—No es necesario que toméis parte, mi señor. No sois comerciante y no podréis ayudarnos.

—Confío en la gente de Helkias —replicó Ruy con semblante serio—. Pero no olvides que ambos tenemos la misma parte de responsabilidad en el negocio.

—Mi señor, vuestras habilidades son otras y las necesitaremos en el viaje —apuntó el judío—. Quizá un paseo por la villa podría proporcionaros divertimento.

Ruy asintió con la cabeza.

—Vamos, Xabier.

Ambos se escurrieron entre el gentío y dejaron la plaza del mercado. Vagaron a buen paso por la villa hasta que encontraron un pequeño establecimiento con la imagen de un racimo de uvas pintando en el dintel de la puerta de entrada.

—Esto es mucho mejor que el mercado... —afirmó sonriente.

Era un lugar pequeño, con pequeñas mesas y taburetes inestables. Tomaron asiento en el lugar más alejado de la puerta y el tabernero les sirvió una jarra de vino y dos vasos de madera. Su rostro no reflejaba satisfacción por la llegada de dos nuevos clientes, parecía nervioso e impaciente. Era un hombre corpulento vestido con paños humildes pero limpios.

—Parece que no somos bienvenidos —dijo Ruy.

El hombre se acercó a ellos con el rostro pálido y serio.

—Lo sois, a fe mía —contestó—. Pero si me permitís un consejo, no os demoréis demasiado por estas tierras. Podréis encontrar problemas.

Ruy bebió lentamente.

—El vino no es malo del todo —contestó con tono despreocupado—. ¿Por qué debería mostrar impaciencia por partir de estas tierras?

—Corren malas noticias —susurró el tabernero azorado—. Anoche el castillo de nuestro señor fue atacado.

—No debemos temer, pues —replicó de nuevo Ruy—. No son asuntos nuestros.

—Estáis equivocado, mi señor. Cuando caiga la noche correréis un grave peligro si permanecéis por los alrededores.

—Tengo la impresión de que queréis contarnos algo que teméis decir —insinuó Ruy mientras llenaba su copa de vino—. Hablad sin miedo.

El tabernero se alejó y cerró la puerta con precaución. Después tomó asiento y continuó hablando entre susurros:

—Anoche sufrimos un ataque brutal, mi señor. Nunca había podido ver algo parecido. Eran apenas tres figuras que vencieron a los hombres de nuestro señor.

—¿Qué aspecto tenían?

—Parecían espectros venidos desde el más allá. Se movían tan rápido como las sombras. Y bebían la sangre de los vencidos —el tabernero se santiguó temblorosamente.

—No he apreciado temor alguno en la plaza del mercado —interrumpió Xabier—. Hoy parecía un día de fiesta.

—Yo fui testigo del ataque junto a dos parroquianos, pero creo que nadie más pudo verlo. Aun así, dudo mucho de que nadie nos crea. El ataque fue rápido, momentos antes del amanecer. Aquellas tres bestias atacaron con el sigilo de serpientes.

—¿Dónde tuvo lugar el enfrentamiento? —dijo Ruy. Parecía muy interesado en la noticia.

—En el patio de armas del castillo —el tabernero se incorporó y comenzó a recorrer la estancia inquieto. Observó la puerta y corrió el pestillo para mantenerla cerrada—. Yo regresaba del castillo después de haber dejado un cargamento de vino y cerveza en las despensas.

—¿En qué dirección huyeron? —Ruy se incorporó lentamente mientras dejaba una moneda encima de la mesa.

El tabernero clavó una mirada codiciosa en la moneda.

—Yo mismo os mostraré el lugar, mi señor.

Tomó la moneda presuroso y se dirigió al exterior de la taberna. El sol del mediodía se clavaba sobre ellos con furia empapándoles en sudor. El murmullo del mercado era levemente perceptible como un rumor lejano. Atravesaron un barrio humilde y llegaron a un claro cerca de la puerta de entrada del castillo.

—La guardia estaba por esta zona —indicó empapado en sudor—. Aquí comenzó todo.

Ruy observó con atención el escenario de la refriega.

—Huyeron hacia esa zona boscosa — dijo señalando un pinar cercano—. ¿Hay alguna cueva o gruta en esa dirección?

El pesado tabernero vaciló un instante.

—No suelo pasear por el pinar, pero creo que en esa dirección, como a dos millas de aquí, se encuentra una pequeña ermita abandonada.

Ruy sonrió satisfecho.

—Una última cosa. ¿Cómo se llama el señor de la villa?

—Don Guzmán Álvarez, mi señor.

Despidieron al tabernero y se dirigieron hacia la puerta del castillo. Era una construcción circular humilde, con recios muros de piedra y una torre achatada que se alzaba desafiando al sol asfixiante.

—Hermosa tierra, Castilla —exclamó Ruy mientras se limpiaba el sudor de la frente—. Abrasada en verano y congelada en invierno. Sus gentes sois admirables.

Xabier no contestó porque no parecía que su señor se dirigiese a él, ya que caminaba absorto en sus pensamientos, con la mirada perdida, inescrutable. Xabier admiraba a su señor puesto que su padre le había relatado numerosas hazañas en el pasado y, ahora que caminaba junto a él, sentía que cada minuto que transcurría sería recordado para siempre.

—Daniel es un viejo zorro —Ruy se dirigió a su compañero sonriente—. Desconozco la manera por la que descubrió esta escaramuza, y por ese motivo se ha desviado con el propósito de acudir a la feria. Sin duda que Helkias confía en un buen hombre.

Traspusieron el puente a paso veloz y solicitaron una entrevista con el señor de la villa. Xabier se sonrió cuando escuchó el nombre falso de Ruy: “Luis de Sobera”.

—A partir de ahora ese será mi nombre, al menos mientras dure este viaje — masculló Ruy a su acompañante.

Caminaron tras uno de los sirvientes de don Guzmán. Fueron recibidos en una estancia anexa al patio de armas. Don Guzmán era un hombre entrado en años, de mirada cansada y piel arrugada. Vestía camisa y calzas largas de lino. Junto a él se extendían algunos jergones sobre los que yacían los heridos de la refriega nocturna.

—Veo que la fatalidad se ha instalado en esta villa —saludó Ruy inclinando la cabeza—. Soy Luis de Sobera.

—Nos atacó una banda de salteadores —mintió don Guzmán mientras se incorporaba—. He mandado a mi hijo a Toledo a solicitar la ayuda del rey.

—Viajamos junto a la caravana de judíos que acaba de llegar esta mañana —continuó Ruy—. Es una situación desagradable, pero cuentan con buenos hombres que proporcionan la suficiente protección a un humilde comerciante.

—¿Cuáles son vuestros negocios? —preguntó el castellano mientras lanzaba una mirada curiosa hacia Xabier—. Cuidaros de las malas lenguas que os tachen de compartir su religión.

Xabier inclinó la cabeza:

—Soy Víctor de Toledo —dijo de forma solemne—. Perdonad la falta de cortesía al no presentarme.

Don Guzmán se mostró impaciente.

—Caballeros, tengo demasiados quehaceres a los que atender. Sin duda disculparéis la brevedad de nuestra entrevista. ¿Acaso deseáis alojamiento en mi casa?

—No descuidaremos nuestras mercancías si se hallan cerca de judíos —replicó Ruy tratando de ganarse la confianza del noble—. Me preguntaba si podríamos ayudaros con los salteadores que asolan estos caminos.

El anciano los examinó con la mirada durante algunos segundos.

—Sin duda que parecéis hombres de acción, aunque no caballeros —objetó—. No creo que tengáis los suficientes hombres como para hacer frente a esta amenaza.

Ruy clavó su mirada en los ojos del anciano.

—No pedimos nada a cambio —dijo ásperamente—. Sólo vuestra licencia para cazarlos, nada más.

—No obtendréis nada a cambio —gruñó don Guzmán—. No me haré cargo de vuestros heridos ni de vuestros muertos.

—No lo pedimos, mi señor. ¿Aceptáis?

El viejo asintió con la cabeza y les invitó a marchar.

—No parece que sea consciente de la amenaza a la que se enfrenta —observó Xabier mientras abandonaban el castillo.

—¿No te recuerda a alguien? —preguntó en tono burlón Ruy—. Es lo que me fascina de las gentes de estas tierras: sois orgullosos y soberbios. Nunca aceptáis ayuda para no mostrar vuestras debilidades.

—Hoy un castellano ha aceptado ayuda de un desconocido —protestó Xabier. Ruy lanzó una pequeña carcajada mientras se encaminaba hacia el pinar.

—Era falso que había mandado a su hijo a Toledo. Estaba desesperado y asustado.

—¿Cómo lo sabes?

Ruy se detuvo un instante.

—Tienes que aprender a no perder ningún detalle —dijo mientras se enjugaba de nuevo el sudor con la manga de la camisa—. Cuando entras en una estancia debes ser capaz de verlo todo. Nuestros enemigos tienen una facilidad asombrosa para ello. Leen en el rostro de un humano como si se encontraran leyendo un libro. Son capaces de descubrir emociones con tan solo una mirada. Los más poderosos son capaces de escuchar las conversaciones a una gran distancia, caminan por la noche con la claridad del día y poseen sentidos sobrehumanos. Nunca te relajes, amigo mío.

—En cambio os temen, mi señor.

—Temen a la Orden del Fénix, y en efecto quizá a mí. Los inmortales podemos desarrollar habilidades que nos permiten sobrevivir en el terrible mundo en el que nos desenvolvemos. Unos desarrollan la magia negra, otras encaminan sus esfuerzos en el saber, otros pocos, como yo, somos más afortunados. Soy un maestro de la senda del acero. Y tú también eres afortunado... Eres mi aprendiz.

—¿Qué se supone que debo aprender? ¿A detectar si un humano miente? —preguntó molesto Xabier.

—Eres tan orgulloso como tu padre —replicó Ruy ligeramente divertido. Retomó el rastro hacia el bosque—. La senda del acero es una forma de vida. No es como una disciplina mágica o como una habilidad en el manejo de un arma. Es un código ancestral de valores para el que es necesario haber nacido. Tú has nacido para aprenderlo, orgulloso Xabier.

Se detuvieron en un amplio claro en el que divisaron la ermita semiderruida. Ruy sonrió satisfecho.

—Allí se ocultan tres jóvenes vampiros —dijo señalando hacia la ermita—. Han sido abandonados a su suerte y están cometiendo demasiadas torpezas. Samuel es consciente de que juré combatir contra aquellos que atentan contra el Equilibrio entre el mundo de los humanos y el nuestro. Por sus acciones están condenados.

—¿Entramos? —preguntó Xabier nervioso mientras empuñaba el sable.

—No. Esta noche combatiremos contra ellos. Quiero que aprendas lo que son capaces de hacer estas criaturas. Ahora vámonos, ¡tengo hambre!

Una hora después del mediodía llegaron al campamento que la caravana había levantado en las afueras de la villa. Saludaron efusivamente a Daniel y por primera vez en todo el viaje compartieron con él y el resto de su comitiva un sabroso estofado. Daniel se acercó a ellos lentamente y tomó asiento.

—Permaneceremos aquí hasta mañana por la mañana.

—Sabías muy bien el motivo por el que venimos —dijo Ruy mientras observaba de forma distraída el ajetreo del campamento.

—Helkias lo sabía, no yo.

—¿Cómo ha ido el negocio?

—No hemos vendido mucho. Parece que lo sucedido la noche pasada a alejado a los compradores de la zona. Nadie se arriesgará a pasar la noche lejos de su hogar.

—Es lógico.

—Se dice que don Guzmán posee un pequeño tesoro oculto en las entrañas de su castillo —añadió Daniel mientras se levantaba con dificultad—. Ahora vamos a pagarle los impuestos por la escasa mercancía vendida. Es posible que, con algo de suerte, logre alguna venta más.

Poco después Daniel se alejó acompañado por Samuel y Arturo rumbo al castillo.

—Vamos, Carlos, tenemos asuntos pendientes.

Se encaminaron hacia la vertiente oriental del pinar y buscaron un lugar discreto. Xabier tuvo ocasión de comprobar que el arma que le había regalado Helkias era un pequeño tesoro. Él había sido instruido en la academia de Toledo y después formó parte de la Compañía de Espaderos de Toledo, donde la instrucción era frenética, pero al cruzar su sable con el de su maestro descubrió que todos sus conocimientos no eran nada comparados con los de Ruy. Bajo un calor sofocante Xabier trabajó incansable durante más de tres horas llevado por la habilidad de Ruy, hasta que una embestida lo arrojó al suelo exhausto.

—Levanta —ordenó Ruy de forma severa—. Apenas has comenzado a aprender a sostener la espada y a mantener el equilibrio.

Xabier se levantó lentamente.

—Pensabas que sabías combatir —añadió Ruy mientras ayudaba a incorporarse a su pupilo—. La academia de Toledo y la Compañía de Espaderos no te habían llevado hasta más allá de tus límites, ¿verdad?

Xabier asintió con la cabeza pesadamente. Sentía una sed inmensa; la lengua se había hinchado y se le había pegado en el paladar. Sentía calambres en las piernas y apenas podía levantar los brazos. Ruy contempló el cielo.

—Cuatro horas de trabajo sin beber agua y con este calor matan a cualquiera...

Logró incorporarse y envainó el sable. Ruy apenas había transpirado y se encontraba en perfectas condiciones.

—Te recuerdo que somos inmortales, amigo mío —contestó Ruy a la mirada asombrada de su pupilo—. Cuanto antes lo asimiles, mejor podrás desarrollar tus poderes. Soportamos mejor que los humanos todos los castigos físicos, ya lo descubrirás. Ahora repondremos energías antes de que caiga el sol.

Cuando llegaron al campamento Ruy apenas bebió un trago de agua, pero Xabier bebió y comió hasta quedar saciado. Se tumbó junto a la rueda de uno de los carromatos y decidió esperar allí la caída del sol. Jamás se había sentido tan fatigado.

—¡Levanta!

Un zarandeo violento arrancó a Xabier de los brazos de un reconfortante sueño.

—El sol comienza a caer —dijo Ruy mientras volvía a sacudir a Xabier—. Apenas tenemos una hora antes de que despierten los vampiros.

Xabier se incorporó todavía somnoliento pero inexplicablemente descansado.

—Descubrirás sensaciones extrañas —comentó Ruy mientras caminaban hacia el bosque—. Puedes llegar hasta más allá de la extenuación y recuperarte en apenas horas.

—Es sorprendente.

—Es la Senda del Acero —replicó Ruy—. Tenemos la capacidad de aprender, practicar y sufrir más que ningún ser en este mundo. Esto es muy doloroso, pero te acostumbrarás. Tuve un maestro que insistía en que el dolor no existe, simplemente es un umbral que marca los límites de tu poder.

—Y tenemos tiempo para llevar ese umbral lejos —Xabier comenzaba a comprender la nueva vida que se abría ante sus ojos—. Es como si todo lo aprendido antes de estos días no hubiera significado nada.

—Combatir contra humanos es sencillo y ya lo has aprendido en el pasado. Luchar contra las criaturas que son nuestros enemigos es un paso mucho más difícil. Y doloroso.

El sol no se había ocultado completamente cuando llegaron al claro de la ermita, donde se detuvieron en el centro en una posición desafiante. El manto azul de la noche comenzó a iluminarse cuando tres figuras se recortaron sobre la oscuridad de la entrada de la ermita. Hablaban entre ellos en un lenguaje desconocido. Comenzaron a acercarse como lobos que acechan a una presa.

—El de la izquierda es tuyo, Xabier. No te preocupes de los otros dos —Ruy desenvainó una daga lentamente.

En ese momento las tres figuras se abalanzaron sobre ellos como una pequeña jauría de perros, mas Ruy arrojó la daga al vampiro central y este cayó al suelo sumido en un gorgoteo gutural. Los dos atacantes prosiguieron con su aproximación sigilosa. Ruy tomó con la mano izquierda la funda del sable y con la derecha lo desenvainó varias pulgadas. Retiró la mirada de su enemigo y este atacó embravecido. El inmortal sonrió ligeramente, y tras desenvainar con rapidez felina, trazó un amplio arco ascendente que le ocasionó al vampiro una brutal herida en su costado derecho. Luego empuñó el sable con las dos manos aprovechando el impulso del ataque y guillotiné el cuello de su víctima con otro movimiento certero y letal. Su cabeza rodó varios metros detrás de ellos. Xabier y su oponente se detuvieron ante semejante exhibición. El vampiro retrocedió varios pasos al descubrir que se encontraba en desventaja. Pero Ruy apoyó el sable en el suelo y con una sonrisa exclamó:

—¡No me interpondré, es tuyo, Xabier!

Este maldijo la generosidad de su maestro. Había intercambiado varios ataques previamente y el vampiro se movía con una velocidad inhumana. Intentó atravesar el torso de su enemigo, pero este lo esquivó sin dificultad. Milagrosamente Xabier también logró evitar un zarpazo mortal como réplica.

—Ese sable es un arma inigualable por su filo, no por su punta. ¡No trates de atravesarle! —gritó Ruy—. ¡Hazlo como esta tarde!

Xabier esquivó otro zarpazo y aprovechó el movimiento para atacar a la pierna de su enemigo, separándola del cuerpo con una terrible herida. El vampiro cayó al suelo y Xabier ejecutó un arco que lo decapitó. Ruy remató al joven vampiro que había derribado con la daga pues, aunque su poder era débil, comenzaba a regenerar la herida con velocidad. Luego recobró la daga y limpió las armas con las ropas de los caídos. Al cabo de unos instantes la carne de los vampiros comenzó a arrugarse y se transformó en ceniza.

—*Pulvis es et in pulverem reverteris* —pronunció Ruy a modo de oración—. Volvamos. Nos hemos merecido un descanso.

Caminaron hacia el campamento iluminados por el resplandor de la luna. Saludaron a los hombres de Samuel que hacían la primera guardia y tomaron varios odres de vino. Poco después se acomodaron frente a una fogata para beber vino en silencio, como si desearan asimilar todo sucedido.

A la mañana siguiente la caravana partió rumbo hacia tierras navarras. Samuel deseaba atravesar los Pirineos antes de que el otoño cayese sobre ellos. A medida que se aproximaban a la frontera descubrieron que tropas castellanas se encontraban acantonadas en sus proximidades a la espera de una incursión. Samuel reforzó las guardias nocturnas y acortaron el tiempo de descanso. Era necesario evitar las zonas de conflicto ya que a buen seguro que la caravana correría peligro amenazada por posibles bandas de forajidos. Ya en tierras navarras comprobaron que la guerra había comenzado con las primeras escaramuzas. Al cabo de unos pocos días de pesado viaje se internaron en el corazón de Navarra, una zona verde de amplias laderas que a medida que se aproximaban a las montañas se transformaban en abruptas cadenas de colinas.

Tras días de camino se detuvieron para pasar la noche cerca de las inmediaciones de la villa de Valtierra. A pesar de que el verano se encontraba en su apogeo, la noche era fresca y en el cielo unos nubarrones amenazaban con descargar un aguacero. Soplaba el viento con fuerza y las llamas de las fogatas del campamento danzaban nerviosas. Ruy se encontraba en la zona más solitaria del campamento, como era su costumbre, sentado frente a un pequeño fuego. No había comido nada en todo el día y su rostro reflejaba una inquietud creciente. Xabier tomó asiento junto a él y le ofreció un trozo de pan. Ruy lo rechazó.

—Nos hemos alejado de la guerra —comentó Ruy—. Pero no nos alejamos del peligro. Presiento que va a suceder algo esta noche.

Xabier mordisqueó el pan que Ruy negó y bebió un largo trago de vino.

—Se avecina una tormenta —apuntó Xabier.

Ruy se arrebujó en el suelo nervioso.

—Nada sucede sin un motivo —recitó en voz baja—. Ni los incendios que asolan grandes ciudades, ni las grandes tempestades. Lo más fortuito representa una muestra más de su lucha.

Xabier se alejó. No comprendía todavía el motivo por el que su maestro se mostraba en algunas ocasiones demasiado inquieto, como llevado por un estado de paranoia inexplicable. La calma reinaba en el campamento y nadie parecía notar el peligro inminente que inquietaba a Ruy. De pronto se incorporó de un salto, como si hubiera escuchado algún ruido cercano, y se alejó del campamento hacia el camino que atravesaba una amplia arboleda. Xabier lo siguió y se apostó junto a su maestro tras un espeso seto que dominaba el camino.

—¿Escuchas el sonido? —musitó Ruy—. Son cascos de caballos. Una docena de caballos de guerra, si no me equivoco.

—No lo escucho —contestó Xabier intrigado—. Pero de ser así sería normal en estas tierras en conflicto.

—La guerra se desarrolla en la frontera —replicó Ruy—. A más de cincuenta kilómetros de aquí. Y este grupo no se dirige hacia allí. Además, son perseguidos por otro grupo de caballeros.

El rumor de cascos comenzó a acercarse lentamente. Un destello se iluminó en la mirada de Ruy y este abandonó el escondite y condujo a Xabier hasta un pequeño claro donde desembocaba el camino. Se apostaron refugiados en la maleza de una de las pendientes. La luna iluminaba el claro del bosque y pronto una docena de figuras irrumpió a galope tendido. El grupo avanzaba iluminado por las antorchas que los dos primeros jinetes portaban. Tras ellos marchaba un hombre de recia barba, mirada feroz, facciones duras y torso amplio. Lucía el escudo de armas del rey Sancho de Navarra. Tras él sus soldados cerraban el grupo.

—Heme aquí —apuntó Ruy con un brillo expectante en la mirada— que tenemos a su majestad el rey Sancho VI de Navarra, Xabier.

El grupo se detuvo en el centro del claro y observó a sus perseguidores. No portaban luz que les iluminara el camino y la oscuridad avanzaba junto a ellos. Parecía un grupo de sombras surgidas de una de las bocas del infierno. El rey reanudó la marcha, pero dos de sus soldados se detuvieron y descabalgaron de sus monturas.

—Y he aquí que tenemos un conflicto entre viejos conocidos —añadió Ruy.

Xabier quiso empuñar su arma, pero Ruy impidió que la desenvainara.

—Son diez contra dos —protestó Xabier—. No podemos permitirlo.

Ruy sonrió divertido.

—Tu padre te educó como un perfecto caballero, Xabier. Pero en el mundo en el que nos tenemos que desenvolver estos valores caballerescos son un fastidio. Debes aprender que nunca tienes que inmiscuirte en los asuntos que no te incumben. Acompáñame, voy a buscar un lugar mejor desde el que podamos contemplar el espectáculo.

Y con un brillo de emoción en la mirada se acercó silencioso hasta un pequeño grupo de árboles. Xabier lo siguió sigiloso.

El grupo perseguidor había descendido de sus caballos desplegándose en forma de media luna frente a los dos soldados navarros. Estos permanecían impasibles observando con la mirada desafiante a sus perseguidores. Uno de ellos se acercó hacia ellos unos pasos con una mano en alto y gritó en latín:

—¡Que Dios nos dé paz! ¡Dejadnos hablar con vuestro soberano!

—Nuestro rey se encuentra demasiado lejos de aquí como para escucharos —contestó uno de los navarros con voz altanera—. Además, es él quien escoge sus audiencias. Entrevistarse con desconocidos que lo persiguen durante la noche no creo que sea lo más adecuado.

—Somos enviados por un posible aliado —replicó el desconocido.

—Ningún aliado acude a oscuras y embozado en sombras.

Ruy apretó la mano de Xabier con gran emoción.

—Vas a ver un espectáculo asombroso —susurró—. ¡Veo por lo menos a media docena de vampiros! Mira y aprende, porque cualquiera de ellos puede ser aliados y enemigos en el futuro.

La media luna se estrechó y atacó desde sus extremos, buscando la espalda de los navarros. Ambos se separaron y sortearon el cerco con gran agilidad. En apenas unos segundos se formaron dos grupos diferentes, donde cada navarro era acosado como una oveja frente a una manada de lobos. Tras un minuto de combate, que le pareció a Xabier apenas unos segundos, los navarros habían abatido a seis enemigos y se enfrentaban codo con codo a los más poderosos de sus asaltantes. Las cuatro figuras desconocidas rodearon lentamente a sus enemigos y aguardaron con paciencia. Sus miradas habían cobrado un brillo rojizo cargado de odio y furia, como bestias depredadoras. Vestían ropas ligeras de seda y lana, sin protección alguna ante el combate. Atacaron al unísono y pronto las seis figuras se convirtieron en borrones de sombras que se movían a una velocidad vertiginosa.

—El navarro enorme es Ramiro de Neretzu —Ruy apuntó con un dedo al más corpulento de los contendientes—. Es el más poderoso...

Sus palabras fueron interrumpidas por el ataque que había recibido Ramiro: tras hundir su espada hasta la empuñadura en el torso de uno de sus enemigos, este ignoró el terrible daño y tomó el cuello del poderoso navarro para descargarle un terrible mordisco en la yugular. Al mismo tiempo su compañero consiguió hundir su espada en la espalda de Ramiro y este cayó de rodillas al suelo mientras el vampiro le desgarraba el cuello. Ruy lanzó un quejido cuando observó el chorro de sangre que manaba del cuello del vampiro navarro. Los otros dos asaltantes atacaron de nuevo a su camarada con renovada firmeza y poco a poco este fue cediendo terreno, hasta que cayó al suelo con las dos piernas destrozadas e innumerables heridas en el cuerpo.

—Don Ramiro fue en el pasado un gran aliado mío —protestó Ruy indignado—. Un vampiro leal al código y a su rey, el protector del Equilibrio en Navarra en ausencia de un inmortal. ¡No puedo consentirlo!

Y de pronto Ruy se incorporó y desenvainó el sable mientras comenzaba a correr hacia el grupo.

—Debes aprender que nunca tienes que inmiscuirte en los asuntos que no te incumben —protestó Xabier entre dientes disgustado—. Mira y aprende, porque estos pueden ser amigos y enemigos en el futuro —Xabier desenvainó su sable mientras citaba con burla las palabras de su maestro.

A medida que avanzaba a la carrera observó que los vampiros habían detenido el ataque, confundidos, formando en línea frente a ellos en silencio. Xabier había aprendido de su maestro que en los combates en los que se encontraba en inferioridad numérica debía corregirlo cuanto antes, aunque los golpes asestados no podían ser los más mortíferos. No se sorprendió al observar que Ruy desenvainaba su daga cuando se hallaba a varios pasos de la línea enemiga. El lanzamiento fue inesperado y destrozó el cuello del vampiro objetivo, lo que le dejaría fuera de combate por lo menos durante unos minutos hasta que regenerase la herida. Acto seguido el inmortal ejecutó un giro con el sable que obligó a sus enemigos a protegerse, lo que aprovechó Xabier para lanzar la daga y abatir a otro de ellos. Cada uno de los vampiros se abalanzó hacia Ruy y Xabier y este último descubrió que se enfrentaban a poderosos combatientes. Apenas consiguió evitar los golpes que su furibundo rival le lanzaba y en ocasiones ejecutaba las paradas a ciegas, guiado por su instinto. Aferró el sable con las dos manos y se concentró en detener todas las estocadas sin mostrar vacilación. Sabía que los vampiros eran seres irascibles y muchos de ellos se veían envueltos en un frenesí cuando no conseguían abatir a sus enemigos con prontitud. Escuchó que el combate había cesado junto a él, por lo que imaginó a su maestro apoyado sobre el sable observándolo con mirada inquisitiva y burlona. Su rival levantó la guardia para descargar un mandoble desde su cabeza y él atacó. El sable penetró en el estómago de su enemigo, pero este no mostró señales de dolor. Xabier lo esperaba, puesto que así había visto caer a Ramiro, por lo que sin demora desgarró el cuerpo de su enemigo mientras liberaba el arma a través de uno de sus costados. Cuando la hoja fue extraída del cuerpo volvió a atravesar el corazón del vampiro. Este cayó retorciéndose de dolor. Ramiro y su compañero habían conseguido recobrar la consciencia y se abalanzaron sobre los cuellos de los caídos como alimañas que disputan un trozo de carne inerte. Xabier se apartó y observó a su maestro apoyado sobre el sable mientras lo miraba complacido. La luna se había alzado e iluminaba el claro cubierto por un manto carmesí.

Poco después Ramiro se alzó manchado de sangre y se limpió el rostro con la manga de la camisa. Su compañero decapitó a los caídos reduciéndolos a una pequeña montaña de cenizas en el interior de unas ropas desgarradas.

—Debo daros las gracias, desconocidos —dijo el navarro mientras inclinaba la cabeza—. Os debemos la vida.

Ruy respondió inclinando también la cabeza, complacido. Recobró la daga y limpió su hoja en las ropas cubiertas de ceniza de los caídos.

—Quizá más adelante debáis devolvernos el favor —contestó—. Soy Luis de Sobera.

El navarro se desprendió de un anillo de un dedo y se lo tendió a Ruy.

—Cuando necesitéis ayuda, acudid con este anillo y la obtendréis —afirmó ceremoniosamente—. Pero el tiempo apremia, por lo que ruego que nos disculpéis, ya que debemos partir.

Ruy tomó el anillo y volvió a inclinar la cabeza. Los dos navarros montaron en los corceles y partieron a galope tendido. El inmortal permaneció unos instantes observando la enorme gema carmesí que se encontraba engarzada en el anillo.

—¿A qué demonios se debe que hayamos tomado parte en un asunto de vampiros? —gritó Xabier enfurecido—. ¡He estado al borde de la muerte!

Ruy lo miró sonriente y le mostró el anillo.

—Un vampiro nos debe un favor, Xabier. ¿Acaso no merece la pena arriesgarse por ello?

Apoyó una mano en el hombro de su pupilo y se dirigió lentamente hacia el campamento.

—No te enfades —dijo mientras se alejaba—. Y si lo haces por lo menos vuelve al campamento, parece que va a llover.

Y, como si las nubes hubieran tomado sus palabras como una orden inquebrantable, comenzó a descargar un aguacero frío y pesado.

A medida que se aproximaban a los Pirineos el terreno se escarpaba y la marcha era más lenta. El calor del verano dejaba paso lentamente a una agradable brisa, pero eran frecuentes los momentos en los que Ruy y Xabier tenían que ayudar y empujar a los carromatos atrapados de las trampas de barro que jalonaban el camino. Al cabo de un par de días Ruy cambió el gesto el gesto, disgustado. Xabier, que parecía que comenzaba a conocer el carácter de su mentor, dedujo que algo no marchaba bien. Inspeccionaba los carromatos que componían la caravana y en algunas ocasiones fruncía el ceño cuando los guardias de Samuel le impedían acercarse demasiado a alguno de ellos. Entonces Ruy regresaba malhumorado y contrariado, encendiendo enormes fuegos por la noche mientras permanecía en vela vigilante.

Una mañana la caravana sufrió el primer ataque del viaje. Ascendían lentamente por un camino vadeado por las suaves lomas de una colina cuando varias saetas silbaron cerca del rostro de Xabier y se clavaron en los maderos de los carromatos. Uno de los hombres de Samuel cayó al suelo entre aullidos de dolor al recibir un flechazo en el cuello. Los dos inmortales desenvainaron los sables y encararon a un grupo de hombres que se abalanzaba hacia la caravana a la carrera. Tras ellos un pequeño destacamento de arqueros lanzaba sus molestos dardos. Ruy ordenó a Xabier que permaneciese cerca de Daniel y los protegiese mientras él se internaba abatiendo a cuantos enemigos se cruzaban en su camino hacia los arqueros. Pronto Xabier tuvo motivos para olvidarse de su compañero ya que varios asaltantes se lanzaron sobre él, al mismo tiempo que se internaban en los carromatos entre gritos. Las flechas dejaron de silbar pronto y Xabier no encontró demasiados problemas en abatir a sus enemigos, apenas protegidos con petos de cuero y armados con espadas de humilde factura. El joven inmortal descubrió asombrado que enfrentarse a ese grupo de humanos era mucho más sencillo que combatir contra vampiros, aunque lo sobrepasasen ampliamente en número. Y disfrutó

como si estuviese paladeando un buen trozo de carne asada o un buen vino. Sonreía mientras abatía a los mortales, describiendo una danza mortal que nunca podría haber sido capaz ni siquiera de soñarla. Sentía que el corazón le palpitaba en las sienes con la fuerza de un buey y saltó desde el caballo sobre un grupo de enemigos que amenazaba a don Arturo y sus hijos, quienes se defendían torpemente blandiendo unas espadas demasiado pesadas para ellos. Atacó, detuvo estocadas, cercenó miembros, destrozó petos y escudos poderoso como un lobo ante un rebaño indefenso. El ataque finalizó de la peor manera posible para los asaltantes, ya que excepto tres cautivos el resto había caído. Dos de los defensores habían perdido la vida y otros dos se encontraban heridos. Samuel ordenó introducir a los heridos en uno de los carromatos y enterrar a los caídos. Xabier y Ruy comprobaron que tanto sus hombres como Arturo y sus hijos se encontraban sanos y se encaramaron a uno de sus carromatos para cambiarse de ropa, manchada por sangre ajena.

—¿Cómo te has sentido? —preguntó Ruy mientras se desprendía de la camisa. Un mar de cicatrices surcaba sus músculos ante el asombro de Xabier, quien tocó asombrado una de ellas.

—El paso de los años deja huella —afirmó sonriente Ruy. Encontró una larga y gruesa camisa de algodón y una amplia túnica grisácea. Al cabo repitió la pregunta con una sonrisa enigmática en el rostro: — ¿Cómo te has sentido?

—Poderoso —respondió Xabier contemplando sus manos, fascinado—. He combatido durante toda mi vida, pero nunca contra más oponentes y siempre con grandes dificultades. Pero hoy me he sentido diferente.

—Comienzas a asumir tu realidad —añadió Ruy. Buscó entre los fardos que se amontonaban en el carromato y encontró un cántaro de vino—. La realidad es que somos superiores a los humanos, pero no debemos parecerlo.

—He disfrutado.

Ruy dio un largo trago del cántaro.

—En verdad puedes comprender la Senda del Acero — indicó Ruy con la boca manchada de vino.

Xabier tomó el cántaro y bebió.

—Debes aprender a dominarla, porque a veces te puede llevar a cometer acciones insensatas. Pero debes amarla. La Senda del Acero es una forma de vida donde el resto del mundo encuentra dolor y pesadumbre —el carromato tembló y comenzó a moverse—. Creo que tenemos demasiada prisa.

Ruy se vistió y ambos descendieron del carromato. La caravana se había puesto en marcha. Montaron en sus caballos y Ruy se aproximó al galope hasta la cabeza del grupo, donde marchaba Samuel a lomos de una hermosa yegua de color ceniciento.

—Marchamos con demasiada prisa —dijo Ruy.

—El otoño en las montañas es demasiado duro —respondió el judío—. No quiero encontrar más dificultades, nuestros carromatos son demasiado pesados.

—Demasiado pesados a pesar de que algunos de ellos estén vacíos —afirmó Ruy.

—Vacíos o llenos, no son de tu incumbencia —replicó Samuel con fastidio.

Ruy permaneció pensativo, pero al cabo de varios minutos de marcha en silencio sonrió.

—¿Cómo se llama? —preguntó. Había cambiado el aire de fastidio por otro de despreocupada cordialidad.

—¿Quién?

Samuel miró a Ruy a los ojos gravemente.

—El ataque de hoy no es más que una forma de medir nuestras fuerzas. Los asaltantes estaban débilmente armados, no eran soldados. A pesar de eso has dado orden de partir sin demora, sin interrogar a los prisioneros. Parece que eres conocedor de quién nos ataca. Y huyes. Simplemente quiero saber quién es el vampiro que viaja junto a nosotros protegido del sol en uno de los carromatos.

Samuel cambió el gesto de la cara y sonrió.

—Están ansiosos por conocerte —apuntó divertido—. Pero yo lo he impedido. No lo creía oportuno. Al fin y al cabo, eres un inmortal. Pero ante esta noche los conocerás, si lo deseas.

Ruy tiró de las bridas y se apartó del judío para regresar a su puesto en la caravana.

—Salir del caldero para caer en las brasas —afirmó contrariado. Xabier lo interrogó con la mirada, pero era muy consciente de que su compañero no creía conveniente compartir su enfado con él. Sabía que su maestro se envolvería bajo el manto del silencio hasta el anochecer. Debería esperar.

La noche llegó y Xabier nunca había experimentado un cansancio tan diferente. A medida que las horas avanzaban, sentía que sus miembros pesaban cada vez más y un profundo letargo lo acompañaba. Cenaron junto los judíos alrededor del fuego y no pronunció palabra alguna, como si hablar fuese una acción imposible de realizar. Daniel lo miró preocupado, pero Ruy lo tranquilizó con una sonrisa.

—Ha tenido un día demasiado largo —disculpó—. Lo único que necesita es dormir.

—¿Qué me pasa? —musitó con trabajo Xabier. Su maestro se recostó junto a él y lo observó burlonamente.

—Tienes que aprender a dosificar tus energías ahora que estas aprendiendo —dijo Ruy—. El esfuerzo que has realizado hoy te ha dejado exhausto. No te preocupes. Dormirás y mañana te sentirás mucho mejor. A medida que pasen los años adquirirás más resistencia, no temas. Descansa. Yo haré la guardia.

Xabier obedeció y cerró los ojos. Inmediatamente cayó en un sueño pesado. Ruy tomó una manta y lo cubrió paternalmente. Tras despedir a los hombres de Daniel, tomó un cántaro de vino y un vaso de madera y comenzó a beber en silencio. Una hora después escuchó el sonido de pasos sigilosos que se aproximaban hacia él. Depositó el

vaso de vino en el suelo para apoyar su mano en la empuñadura del sable. Luego cerró los ojos y las llamas de la fogata se reflejaron en su rostro. Una voz suave y dulce habló:

—Somos afortunados al tenerte como escolta.

Ruy abrió los ojos. Ante él se encontraban dos figuras que lo observaban atentamente. Una de ellas era una hermosa doncella de largos cabellos oscuros, tez pálida como la cara de la luna y ojos claros. Era alta y de miembros largos y delicados. Vestía una túnica carmesí de seda ceñida por un cinto de cuero damasquinado. Un velo trasparente recogía su larga melena y una fina diadema de plata relucía en su frente. Ruy permaneció fascinado por la mujer. A su lado un hombre más delgado que ella lo miraba fijamente. Su rostro era pálido como el de su compañera, pero grave y severo como una estatua de un rey antiguo. Su mirada era profunda y temible. Ruy agitó la cabeza como tratando de salir de un sueño y se incorporó lentamente.

—Por un momento has quedado fascinado —afirmó el compañero de la dama. Su voz era grave y gutural, autoritaria y soberbia.

—No entiendo por qué sois afortunados por acompañarme —contestó Ruy ásperamente.

La dama sonrió. El fuego comenzaba a consumirse lentamente entre ellos y las sombras comenzaban a extenderse. Sus ojos brillaban como carbones al rojo vivo.

—Reconozco que no creía vuestras suposiciones, mi señora —el extraño se dirigió a su compañera ignorando a Ruy—. Ahora estoy seguro de que estáis en lo cierto.

Ruy comenzaba a inquietarse.

—¿Puedo saber quiénes sois? —preguntó con arrogancia. Apoyó la mano en el pomo del sable que pendía de su cinto.

—No siempre acudís a la violencia para solucionar tus problemas —observó la dama—. Tranquilizaos alejad la mano del arma. Somos conscientes de que nada podemos hacer contra un Maestro del Acero y sería estúpido encolerizaros.

—No soy maestro de nada —replicó Ruy.

—Mi nombre es Lucius Govella y mi señora es Anna Govella.

—Soy...

—Urabi de Ukesh —interrumpió Anna—. Gran Maestre de la Orden del Fénix. Maestro de la Senda del Acero. Y tu pupilo es Xabier de Toledo, hijo de don Arturo de Orleans, antaño miembro de la Orden del Fénix y ahora al servicio del rey Alfonso VII de Castilla.

Ruy comprendió que su mascarada había sido descubierta. No quedaba más remedio que matar a aquellos vampiros para ocultarla. Desenvainó el sable, pero entonces Anna dirigió su mano hacia la hoguera y apuntó después a Ruy con un dedo. Una de las brasas saltó y golpeó en la mano de Ruy, abrasándole.

—¡No te apresures! —exclamó ella. Se aproximó a Ruy y asió la mano herida. Con un gesto rápido tomó la hoja del sable con la mano desnuda y dirigió su mano herida

hacia la mano quemada de Ruy. Dejó que varias gotas de sangre cayesen sobre la abrasión y Ruy sintió un hormigueo reconfortante. La herida sanó y la mujer se alejó lentamente, manteniendo la mirada fija en él. El inmortal envainó el sable.

—No puedo permitir que mi identidad sea rebelada —protestó.

—No pertenecemos a la casa Govella, inmortal.

Lucius se aproximó a Ruy.

—Perteneceemos a la casa Veritas. Nuestros apellidos no son más que una mascarada para ocultarnos, similar a la que vos empleáis.

—Ya estamos igualados —afirmó Anna complacida—. Nosotros conocemos vuestras identidades y vosotros conocéis las nuestras.

Ruy volvió a sentarse en su jergón y llenó la copa de vino a regañadientes.

—Os hemos seguido la pista hasta Toledo, pero allí la perdimos.

La mujer tomó asiento a la derecha de Ruy y Lucius a la izquierda. Un escalofrío recorrió su cuerpo y decidió apagarlo con un buen trago de vino. La mujer continuó.

—Viajaremos hasta Venecia, donde tenemos fijada nuestra residencia ahora que hemos cumplido con nuestra misión. En Toledo perdimos tu rastro, pero un loco vampiro nos puso al tanto sobre ella. Visitamos a nuestro viejo amigo Helkias y allí os hallabais. Como Lucius no confiaba en mis afirmaciones, decidimos viajar con vosotros al menos hasta Venecia. Vuestro secreto está a salvo con nosotros.

—Eso espero —replicó Ruy—. Porque tengo una misión importante que realizar en Constantinopla y es crucial que no se conozca mi identidad.

—El equilibrio de Constantinopla está amenazado con la desaparición de vuestra Orden —afirmó Lucius con gravedad—. Nosotros no os desenmascaramos, pues también servimos al Equilibrio. La casa Veritas no toma partido nunca.

—Pretendo reequilibrar Constantinopla...

—Entonces debéis acudir a nuestra casa allí. Redactaremos una carta de recomendación para nuestro hermano Aurelio Spiros, quien os ayudará en lo que esté a su alcance.

—Estaría en deuda con vosotros —protestó Ruy.

—Un inmortal nos debe un favor... ¿Acaso no merece la pena arriesgarse por ello? —replicó Anna burlona.

Ruy bebió un nuevo vaso de vino.

—Por todos los dioses, creo que Helkias ha jugado conmigo desde que llegué a Toledo. Sea, pues. Tenéis mi palabra.

Los vampiros se alejaron en la oscuridad como arrastrados por las mismas sombras de la noche. Durante toda su existencia Ruy había tratado con aquellos seres, pero los miembros de la casa Veritas eran los más extraños de todos. Contempló el rostro de

Xabier, quien descansaba confortablemente sumido en un mundo de sueños. Alzó de nuevo la copa de vino y bebió.

—¿Y confiáis en los vampiros?

La caravana serpeaba mientras ascendía una larga colina. En el ocaso del verano los bosques siempre verdes y la espesa vegetación ofrecían una magnífica visión para un castellano, acostumbrado a una tierra poco abrupta y menos frondosa. Xabier se atrevió a romper el silencio en el que se había arropado su maestro después del relato de lo ocurrido la noche anterior.

—No en todos, pero en algunos sí —respondió ásperamente Ruy.

De nuevo el silencio se extendió durante un largo rato.

—No te había hablado de la Orden del Fénix anteriormente.

—Siempre pensé que era un asunto demasiado espinoso —contestó Xabier sorprendido.

—Siempre es un asunto espinoso, sobre todo si hablamos al aire libre. Pero me arriesgaré.

“Durante el segundo siglo de nuestra era la depravación y los abusos de los vampiros más poderosos amenazaban la existencia tanto de humanos como de inmortales y licántropos. En el año 214 nos reunimos un pequeño número de inmortales en la ciudad de Siracusa. Decidimos que había que establecer un equilibrio entre el poder de la noche y el mundo de los humanos. Y, puesto que los vampiros no se mostraban dispuestos a colaborar en el mantenimiento del Equilibrio, seríamos nosotros quienes estableciésemos la balanza. Tu padre era uno de los nuestros, así como un centenar de soberbios caballeros todos fieles seguidores de la Senda del Acero. Yo fui nombrado Maestre de la Orden y nos desplegamos en pequeños grupos por toda Europa. Durante veinte años proclamamos nuestras ideas en las diferentes cortes vampíricas, a los clanes de licántropos y a nuestros propios semejantes. Recibimos múltiples apoyos excepto entre los más poderosos de los vampiros, que no encontraban lógico esconderse de los humanos que se alimentaban.

Entonces estalló la guerra. Durante los dos siglos siguientes se sucedieron episodios cruentos y el mundo mortal se resintió de ello. El mundo en el que nuestros enemigos se desenvolvían se derrumbó en parte gracias a la decadencia que ellos mismos habían arrastrado, pero en parte también gracias a nuestros esfuerzos. Con las invasiones de los bárbaros encontramos una nueva ocasión de establecer el Equilibrio comenzando desde el principio. En el 476, Anno Domini, invadimos Roma y con la caída de la capital de la depravación aquellos que no fueron aniquilados firmaron la paz. Nuestra Orden fue reconocida como intermediaria en los conflictos entre todas las criaturas que se acogieron al Equilibrio y, en numerosas ocasiones, ejercimos como jueces y verdugos. Éramos temidos y en muchos lugares odiados, pero en la mayoría de

los territorios también admirados. Nos establecimos en Bizancio y allí abrimos nuestra Orden a los vampiros y licántropos, fortaleciéndonos al adquirir nuevos conocimientos. Fue una época dorada, Xabier. Cuando el nuevo milenio comenzó, los más antiguos comprendimos que era una señal para iniciar un proceso de regeneración en la Orden. Nos sentíamos cansados por cargar con la responsabilidad y decidimos alejarnos de esta y confiar en aquellos que nos habían seguido durante tantos años. Nos dispersamos en la enorme espesura de la noche, desapareciendo para todo el mundo excepto para aquellos a los que más apreciábamos. Lentamente fue menos necesaria la participación de la Orden en la defensa del Equilibrio, por lo que esta fue menguando hasta convertirnos en una antigua leyenda que los más ancianos relataban a sus jóvenes pupilos para amedrentarlos. Nuestro objetivo había sido cumplido. Así fue como tu padre, después de grandes peripecias y pesares, consiguió el don de la Muerte e inició una nueva vida. Y aunque nuestra influencia mantuvo el Equilibrio durante largos siglos, ahora la Orden ha sido. La guerra entre aquellos que desafían al orden preestablecido y los que lo defendemos pronto se iniciará.”

—¿Y qué papel tenemos ahora nosotros? —Xabier tuvo la impresión de que él mismo era un peón en un enorme tablero de ajedrez.

—¡Somos la Orden del Fénix! Marchamos hacia Constantinopla para resurgir de nuestras cenizas.

—Pero solo somos dos, maestro...

—¿Dos? —Ruy lanzó una sonora carcajada—. Solo necesitamos tiempo para reestablecer la Orden, amigo mío. Y para llevar a cabo mi misión.

Con estas palabras Ruy se alejó hacia la cabeza la caravana donde marchaba Samuel, y dejó a su pupilo meditando. Sabía que el mundo en el que se había desenvuelto el muchacho se había desmoronado y ante él no podía vislumbrar nada más que incertidumbre y confusión. Necesitaba tiempo para comprenderlo.

Cayó la noche más fría que las anteriores y más oscura. Ruy apenas cenó unos bocados. Permanecía expectante con la mirada fija en las sombras, como aguardando a que se materializasen de nuevo los vampiros. A medianoche Ruy alzó la mirada en un gesto ya conocido por su discípulo.

—Corre —ordenó tajantemente—. Busca a Samuel. Que dé la alarma.

Xabier obedeció. Ruy se incorporó para dirigirse hacia la parte posterior de la caravana, la más vigilada y donde él sospechaba que se hallaban los carromatos que protegían a los vampiros. Sus sospechas se vieron fundadas cuando encontró degollados los cuerpos de los centinelas que debían protegerlos. De pronto una enorme llamarada se alzó desde el interior de uno de los carromatos. Ruy se abalanzó sobre la puerta y la derribó.

En el espacioso interior Lucius y Anna se encontraban tras una cortina de fuego que tres desconocidos habían provocado. Lucius dirigió su mano hacia el fuego y este se propagó por los cuerpos de sus atacantes, quienes abandonaron el carromato envueltos en fuego. Ruy intentó aproximarse a los vampiros, pero el muro de fuego lo impedía.

Observó cómo sus rostros se retorcieron de pánico y dolor ante la peor muerte que un vampiro podría recibir, pues al parecer sus poderes no lograban apartarlo de ellos.

El inmortal arrancó dos pequeños maderos de las paredes y uno de los tapices que embellecían la pequeña estancia y se envolvió en él. Luego atravesó el muro crepitante y se desprendió rápidamente del tapiz en llamas. Los ojos le escocían por el humo. Clavó sendas estacas en el corazón de los vampiros histéricos y estos cayeron inertes. Palpó la pared que los separaba del exterior, que de momento permanecía intacta, y la golpeó con el hombro. Sintió cómo su cuerpo se resentía ante el impacto, pero no cedió ante el dolor, y una y otra vez continuó embistiendo contra la gruesa pared de madera. Al cabo de unos angustiosos segundos consiguió abrir una pequeña abertura, a través de la cual escapó con los cuerpos de los vampiros cargados a sus hombros. Una densa bocanada de humo lo precedió como si las llamas furiosas lamentasen no alimentarse de los cuerpos de los vampiros. En el exterior el caos se había apoderado de la caravana y los hombres de Samuel combatían carromato a carromato contra los asaltantes. Ruy depositó a los vampiros en el suelo y les extrajo las pequeñas estacas. Retornaron a la vida inmediatamente y se levantaron más rápido de lo que Ruy pudo apreciar. Sus miradas reflejaban una pugna férrea por controlar el pánico que laceraba sus almas.

—¡Vete! —ordenó Lucius alzando una mano—. ¡Sabremos protegernos!

Ruy desenvainó el sable. A su alrededor era imposible distinguir a los asaltantes de los defensores, por lo que avanzó y buscó a Xabier. Lo encontró combatiendo contra un vampiro. Ambos se movían como centellas y Xabier parecía que no encontraría problemas en abatir a su enemigo, pero descubrió que la empresa sería más complicada de lo que esperaba: una y otra vez su arma rebotaba ante la armadura enemiga. Parecía una cota de malla de cuerpo entero, pero mucho más flexible y ligera. El vampiro respondió a un mandoble de Xabier y le hirió en el brazo derecho con tanta violencia que lo arrojó al suelo, ensangrentado. Ruy se dirigió hacia uno de los carromatos y encontró el favor de los dioses a mano: tomó un barril de aceite e introdujo el sable en él. Se arrancó la sobrevesta y enrolló un jirón en su mano derecha. Xabier había logrado evitar los ataques de su enemigo a trompicones. Ruy gritó y se interpuso entre el vampiro y su presa. El sable de Ruy chorreaba el espeso óleo y lo alzó una y otra vez para detener las embestidas del vampiro. Una chispa surgió en el choque y luego otra hasta que la espada de Ruy se prendió. Sintió un dolor leve en la mano ya que la tela apenas le protegía del calor abrasador, pero apretó los dientes y atacó al vampiro, quien fue incapaz de evitar sus ataques furiosos. Cada vez que un impacto golpeaba contra el cuerpo del vampiro una pequeña llamarada surgía y le abrasaba, hasta que Ruy consiguió que perdiese el equilibrio. Entonces, se abalanzó como una pantera sobre su presa y clavó la espada en el rostro del vampiro. Acto seguido se apartó y observó cómo este se retorcía de dolor para deshacerse en un espeso montículo de ceniza.

Clavó la espada en la tierra y se arrodilló exhausto. El fuego de las caravanas comenzaba a extinguirse y el ataque había sido repelido. Tras incorporarse lentamente, Ruy limpió el sable con arena y un trapo. Luego se dirigió acompañado por Xabier hasta los restos de la caravana de los vampiros. Una docena de cadáveres se arrebolaba alrededor de los restos del refugio de los vampiros y estos observaban los desperfectos con gesto de preocupación.

—Amigo mío —exclamó Lucius cuando descubrió a Ruy—. Te debemos mucho esta noche.

—Veo que sois capaces de defenderos, en efecto —apuntó Ruy observando los cadáveres en el suelo. El vampiro sonrió complacido.

—Creo que no sufriremos más ataques durante un tiempo —afirmó Samuel—. Aun así, debemos partir en cuanto enterremos a los caídos.

—Cuando salga el sol —ordenó Ruy severamente—. No tengo ganas de recibir un nuevo ataque de vampiros desesperados. Últimamente he recibido demasiados y estoy harto. Prefiero a los humanos a la luz del día.

—Así sea —acató Lucius.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a Ruy y Xabier en sus aventuras? A partir de ahora la historia cobra mayor velocidad y no vas a poder dejar de leerla...

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar la novela en diferentes formatos: papel, Kindle, te dejo los enlaces a continuación:

Consíguelo en papel en mi web [aquí](#)

Consíguelo en Amazon (tapa blanda o Kindle) [aquí](#)